



ORSON

SCOTT

CARD

**GUERRA DE
REGALOS**

Una historia de la Escuela de Batalla, protagonizada por Ender

Lectulandia

Cuando Zeck Morgan es seleccionado para la misma Escuela de Batalla en la que se forma Ender, acude a disgusto debido a su ideología pacifista y por ello rehusa intervenir en cualquier simulación de juegos de guerra. Zeck queda aislado como un paria hasta que Ender encuentra la manera de mostrarles a todos el sentido de las festividades de tipo religioso y cultural.

Lectulandia

Orson Scott Card

Guerra de regalos

(Saga de Ender - s/n)

ePUB r1.0

Rov 05.12.2013

Título original: *A War of Gifts: An Ender Story*

Serie: Saga de Ender s/n

Orson Scott Card, 2007

Traducción: Rafael Marín Trechera

Editor digital: Rov

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

San Nick

Zeck Morgan estaba sentado atentamente en la primera fila del pequeño santuario de la Iglesia del Cristo Puro, en Eden, Carolina del Norte. No se movía, aunque notaba dos picores, uno en el pie y otro en la ceja. Sabía que el picor de la ceja era debido a una mosca que se había posado allí. El picor del pie también, probablemente, aunque no miró a ver si había algo arrastrándose por allí.

No miró por las ventanas la nieve que caía. No dio un vistazo a derecha y a izquierda, ni siquiera para dirigir una mirada de reproche a los padres del bebé llorón de la fila de atrás: debían ser los demás quienes juzgaran si era más importante para los padres quedarse y escuchar el sermón, o marcharse y preservar la tranquilidad del encuentro.

Zeck era el hijo del ministro, y sabía cuál era su deber.

El reverendo Habit Morgan se encontraba en el pequeño púlpito, en realidad un viejo atril para diccionarios comprado en los saldos de una biblioteca. Sin duda el diccionario que una vez estuvo posado allí había sido sustituido por un ordenador, un signo más de la degradación de la raza humana, para adorar al Falso Dios del Rayo Domado.

—Creen que porque han atraído al rayo del cielo y lo han contenido en sus máquinas son ahora dioses, o amigos de los dioses. ¿No saben que lo único que se escribe con el rayo es el fuego? ¡Sí, yo os lo digo, es el fuego del infierno, y los dioses con quienes tratan son demonios!

Había sido uno de los mejores sermones de su padre. Lo dio cuando Zeck tenía tres años, pero Zeck no había olvidado ni una palabra. Zeck no olvidaba ni una palabra de nada. En cuanto sabía cuáles eran las palabras, las recordaba.

Pero no le había dicho a su padre que recordaba. Porque cuando su madre se dio cuenta de que podía repetir sermones enteros, palabra por palabra, le dijo, muy tranquila pero muy intensamente:

—Es un gran don que Dios te ha dado, Zeck. Pero no se lo debes mostrar a nadie, porque podrían pensar que procede de Satán.

—¿Sí? —preguntó Zeck—. ¿Proviene de Satán?

—Satán no otorga buenos dones —contestó su madre—. Así que viene de Dios.

—Entonces, ¿por qué iba a pensar nadie que procede de Satán?

Ella frunció el ceño, aunque sus labios conservaron la sonrisa. Sus labios siempre sonreían cuando sabía que alguien la estaba mirando. Era su deber como esposa del ministro demostrar que la pura fe cristiana le hacía feliz.

—Algunas personas se esfuerzan tanto en buscar a Satán —dijo por fin— que lo ven incluso cuando no está.

Naturalmente, Zeck recordaba esa conversación, palabra por palabra. La tenía en mente cuando tenía cuatro años y su padre dijo:

—Hay quienes dicen que una cosa procede de Dios, cuando en realidad es del diablo.

—¿Por qué, padre?

—Porque los engaña su propio deseo —contestó su padre—. Desearían que el mundo fuera un lugar mejor, de modo que defienden que aquello que está contaminado es puro, para no tener que temerlo.

Desde entonces, Zeck se había mantenido en equilibrio entre estas dos conversaciones, pues sabía que su madre le advertía sobre su padre, y su padre le advertía sobre su madre.

Era imposible elegir entre ambos. No *quería* elegir.

Sin embargo... nunca permitió que su padre juzgara su memoria como perfecta. Aunque no era del todo mentira. Si su padre le pedía alguna vez que repitiera una conversación, un sermón o cualquier cosa, Zeck estaba dispuesto a hacerlo, y sinceramente, demostraría que se sabía palabra por palabra. Pero su padre no pedía nada a nadie, excepto a Dios.

Cosa que acababa de hacer. Allí, de pie en el púlpito, mirando a la congregación, dijo:

—¿Y Santa Claus? ¡San *Nick*! ¿Es lo mismo que el «Viejo Nick»? ¿Tiene algo que ver con Cristo? ¿Es pura nuestra adoración, cuando tenemos a ese «Viejo San Nick» en nuestros corazones? ¿Es realmente *alegre*? ¿Se ríe porque sabe que conduce a nuestros hijos al infierno?

Miró a la congregación como si esperara una respuesta. Y finalmente alguien dio la única respuesta adecuada en ese punto del sermón:

—Hermano Habit, no lo sabemos. ¿Quieres preguntarle a Dios y contarnos qué dice?

Y entonces su padre rugió:

—¡Dios de los cielos! ¡Tú conoces nuestra pregunta! ¡Nosotros, tus hijos, te pedimos pan, oh, Padre! ¡No nos des una piedra!

Entonces se agarró al púlpito (al atril para diccionarios, que tembló bajo su mano) y continuó mirando hacia arriba. Zeck sabía que, cuando su padre miraba hacia arriba de esa forma, no veía las vigas ni el techo. Estaba contemplando el cielo, exigiendo que todos aquellos ángeles volátiles se apartaran de su camino para que, con su mirada penetrante, pudiera conectar con Dios y *exigirle* su atención, porque estaba en su derecho. Pedid y se os dará, había prometido Dios. ¡Llamad y se os abrirán las puertas! Habit Morgan llamaba y pedía, y es que había llegado la hora de que Dios

abriese las puertas y diera. Dios no podía faltar a su palabra... al menos cuando Habit Morgan le reclamaba.

Pero Dios marcaba su propio ritmo. Y por eso Zeck estaba allí sentado en primera fila, con su madre y sus tres hermanas menores a su lado, todos sentados en asientos tan débiles que mostraban el menor signo de movimiento. Las otras tres niñas eran pequeñas, y sus movimientos eran perdonados. Zeck estaba decidido a ser puro, y su temblorosa silla podía haber estado hecha de piedra por el movimiento que hacía.

Cuando su padre contemplaba el cielo tanto tiempo era una prueba. Tal vez la hacía Dios, o tal vez su padre ya había recibido su respuesta (quizá la noche antes, cuando estaba escribiendo su sermón), y entonces la prueba era para él. Fuera como fuese, Zeck pasaría esta prueba y pasaría todas las pruebas que se le presentasen.

Los largos minutos se arrastraron. Un picor desaparecía sólo para ser sustituido por otro. Su padre seguía mirando al cielo. Zeck ignoró el sudor que le caía por el cuello. Y tras él, en alguna parte entre los setenta y tres miembros de la congregación que habían venido hoy (Zeck no los había contado, sólo los había mirado, pero como de costumbre supo de inmediato cuántos eran), alguien se agitó en su asiento. Alguien tosió. Era el momento que su padre (o Dios) habían estado esperando.

La voz de su padre fue sólo un susurro, pero se oyó por toda la sala.

—¿Cómo puedo oír la voz del Espíritu Santo cuando estoy rodeado de impureza?

Zeck pensó en citarle su propio sermón, pronunciado dos años atrás, cuando Zeck apenas tenía cuatro años.

—¿Creéis que Dios no es capaz de hacerse escuchar, por más ruido que haya a vuestro alrededor? Si sois puros, entonces todo el tumulto del mundo es silencio comparado con la voz de Dios.

Pero Zeck sabía que con esa cita podría derivar entonces en la vara de castigo. Su padre en realidad no estaba haciendo ninguna pregunta. Estaba recalcando lo que todos sabían: que en toda esa congregación, sólo Habit Morgan era auténtico, verdaderamente puro. Por eso la respuesta de Dios se dirigía a él, sólo a él.

—¡San Nick es una máscara! —rugió su padre—. ¡San Nick es la barba falsa y la risa falsa que llevan los sirvientes beodos del Dios de la frivolidad! ¡Dionisos es su nombre! ¡Baco! ¡Jolgorio y libertinaje! ¡Codicia y avaricia son los regalos que instala en los corazones de nuestros niños! ¡Oh, Dios, sálvanos del Satán de Santa! ¡Evita la mirada maliciosa y depredadora de nuestros niños! ¡No sientes a nuestros niños en su regazo para susurrar su ansia en su corazón de piedra! ¡Es un modelo de idolatría! ¡Dios sabe qué espíritu alienta a esos ídolos y los hace reír su ho ho, con sus furcias y abominaciones y rebuznos insensatos!

Su padre estaba en buena forma. Y ahora que gritaba las palabras de Dios, caminando de un lado a otro delante del santuario, Zeck podía rascarse de algún picor ocasional, mientras mantuviera la mirada fija en el rostro de su padre.

Continuó durante una hora, contando historias de niños que ponían su fe en Santa Claus, y padres que mentían a sus hijos sobre San Nick y les decían que todas las historias de la Navidad eran mitos, incluyendo la del Cristo niño. Contó historias de niños que se volvían ateos cuando Santa no les traía los regalos que más ansiaban.

—¡Satán siempre miente! Cuando Santa pone una mentira en los labios de los padres, la semilla de esa mentira se planta en los corazones de sus hijos y, cuando esa semilla florece y da fruto, la fruta de esa mentira es la falta de fe. ¡No os merecéis la confianza de vuestros hijos cuando mentís por Satán!

Entonces su voz se redujo a un susurro.

—Viejo y alegre San Nicolás —siseó—, óyenos. No le digas a nadie lo que voy a decir —y entonces su voz tronó de nuevo—: ¡Sí, vuestros hijos susurran sus deseos secretos a Satán y él responde a sus oraciones no con los regalos que quieren y, desde luego, tampoco con la presencia de Dios Emmanuel! No, responderá a sus oraciones con las cenizas del pecado en sus bocas, con el veneno del ateísmo y la falta de fe en el plasma de su sangre. ¡Expulsará la hemoglobina y la sustituirá por la lujuria del infierno!

Y así continuó y continuó.

En la mente de Zeck, el reloj que marcaba el tiempo exacto midió los cuarenta minutos completos de sermón. Su padre nunca se repetía ni una sola vez, y sin embargo nunca se apartaba del mensaje único. El mensaje de Dios era siempre breve, decía, pero a él le hacían falta muchas palabras para traducir la sabiduría pura del lenguaje de Dios al inglés pobre que podían comprender los mortales. Y los sermones de su padre nunca se alargaban. Los concluía con exactitud a la hora convenida. No era un hombre que hablara sólo para escucharse. Hacía su trabajo y terminaba.

Al final del sermón, hubo un himno y su padre llamó entonces al viejo hermano Verlin y le dijo que Dios lo había visto ese día y que consideraba que su corazón había alcanzado la pureza indicada para rezar. Verlin se puso de pie, arrancó a llorar y apenas pudo pronunciar la oración de bendición a la congregación, pues estaba muy conmovido por haber sido elegido otra vez, desde que confesó haber vendido un coche viejo por casi el doble de su valor porque el comprador le había tentado ofreciéndole incluso más. Su pecado estaba más o menos perdonado. Era lo que significaba que el hermano Habit le llamara a rezar.

Entonces terminó. Zeck se puso de pie y corrió hacia su padre y lo abrazó, como hacía siempre, pues consideraba que cuando un sermón terminaba algo del polvo de luz del cielo debía quedar aún en las ropas de su padre. Y si Zeck podía abrazarlo con fuerza, se le podría pegar algo, y así estaba en disposición de comenzar a ser puro. Porque el cielo sabía que no era puro *por ahora*.

A su padre le encantaban esos momentos. Sus manos acariciaron su pelo, su hombro, su espalda. No había ninguna vara de sauce que le hiciera sangre en la

camisa.

—Mira, hijo —dijo—, tenemos un extraño aquí, en la Casa del Señor.

Zeck se zafó del abrazo para mirar hacia la puerta. También los demás habían reparado en el hombre, y se lo quedaron mirando en silencio, a la espera de que Habit Morgan lo declarara amigo o enemigo. El desconocido vestía de uniforme, pero no era ningún uniforme que Zeck hubiera visto antes: no era el sheriff ni uno de sus ayudantes, ni un bombero, ni un miembro de la policía estatal.

—Bienvenido a la Iglesia del Cristo Puro —dijo su padre—. Lamento que no llegara a tiempo para el sermón.

—Lo escuché desde fuera —respondió el hombre—. No quise interrumpir.

—Entonces hizo bien, pues oyó la palabra de Dios, y sin embargo escuchó con humildad.

—¿Es usted el reverendo Habit Morgan? —preguntó el hombre.

—Lo soy —respondió su padre—, a pesar de que entre nosotros no tenemos más títulos que los de hermano y hermana. «Reverendo» sugiere que soy un ministro certificado, un contratado. Nadie más que Dios me certificó, pues sólo Dios puede enseñar Su pura doctrina, y sólo Dios puede nombrar a sus ministros. Tampoco estoy contratado, pues los siervos de Dios son todos iguales a sus ojos, y todos deben obedecer la admonición de Dios a Adán de ganarse el pan con el sudor de su frente. Trabajo en una granja. También conduzco un camión para United Parcel Service.

—Perdóneme por usar un título inadecuado —dijo el hombre—. Desde mi ignorancia sólo era una muestra de respeto.

Pero Zeck era un agudo observador de los seres humanos, y le pareció que el hombre ya sabía qué opinaba su padre del título «reverendo», y que lo había utilizado deliberadamente.

Esto estaba mal. Era ensuciar el santuario.

Zeck se plantó a unos pocos palmos del hombre.

—Si le digo la verdad ahora mismo —dijo con osadía, sin temer nada que pudiera hacerle ese hombre—, Dios le perdonará por su mentira y el santuario será purificado de nuevo.

La congregación se quedó boquiabierta. No sorprendida o desazonada: asumían que Dios hablaba a través de él en momentos como ése, aunque Zeck nunca lo proclamaba. Negaba que Dios hablara jamás a través de él y, aparte de eso, no podía controlar lo que ellos creyeran.

—¿Y qué mentira era? —preguntó el hombre, divertido.

—Lo sabe todo de nosotros —dijo Zeck—. Ha estudiado nuestras creencias. Lo ha estudiado todo acerca de mi padre. Sabe que es una ofensa llamarlo «reverendo». Lo hizo a propósito, y ahora miente al fingir que pretendía respeto.

—Tienes razón —dijo el hombre, todavía divertido—. Pero ¿qué posible

diferencia puede haber?

—Para usted, debe haber significado alguna diferencia o no se habría molestado en mentir.

Su padre se había detenido tras él, y con la mano sobre su cabeza le dijo a Zeck que ya había dicho suficiente y que ahora le tocaba a él.

—De la boca de los niños —le dijo su padre al desconocido—. Ha venido a nosotros con una mentira en los labios, una mentira que incluso un niño pudo detectar. ¿Por qué está aquí, quién lo ha enviado?

—Me envía la Flota Internacional, y mi propósito es evaluar a este niño para ver si está preparado para asistir a la Escuela de Batalla.

—Somos cristianos, señor —dijo el padre. —Dios nos protege si ésa es Su voluntad. No alzaremos una mano contra nuestro enemigo.

—No estoy aquí para discutir de teología —respondió el desconocido—. He venido a cumplir con la ley. No hay ninguna excepción por la religión de los *padres*.

—¿Qué hay de la religión del niño?

—Los niños no tienen ninguna religión —dijo el desconocido—. Por eso los reclutamos a jóvenes, antes de que hayan sido adoctrinados en ninguna ideología.

—Para así poder adoctrinarlos en la suya.

—Exactamente.

El hombre extendió la mano hacia Zeck.

—Ven conmigo, Zechariah Morgan. Hemos emplazado el examen en la casa de tus padres.

Zeck le dio la espalda al hombre.

—No quiere hacer su examen —dijo el padre.

—Y sin embargo, lo hará, de un modo u otro —respondió el hombre.

La congregación murmuró.

El hombre de la Flota Internacional miró a su alrededor.

—Nuestra responsabilidad en la Flota Internacional es proteger a la raza humana de los invasores fórmicos. Protegemos a toda la raza humana, incluso a aquellos que no desean ser protegidos, y recurrimos a las mentes más brillantes de la raza humana y las entrenamos para que tomen el mando... incluso a aquellos que no desean ser entrenados. ¿Y si este niño fuera el más brillante de todos, el comandante que nos lleve a la victoria donde ningún otro podría tener éxito? ¿Deben morir todos los demás miembros de la raza humana sólo para que ustedes en esta congregación puedan permanecer ... *puros*?

—Sí —dijo el padre. Y la congregación lo coreó.

—Sí. Sí. —Somos la levadura del pan —dijo el padre—. Somos la sal que debe conservar su sabor, para que la tierra entera no sea destruida. Es nuestra pureza la que persuadirá a Dios a preservar esta generación pecadora, no su violencia.

El hombre se echó a reír.

—Su pureza contra nuestra violencia.

Extendió la mano y agarró a Zeck por el cuello de la camisa y tiró de él bruscamente hacia atrás, hacia él. Antes de que nadie pudiera hacer otra cosa sino protestar a gritos, le había arrancado a Zeck la camisa y le había hecho girarse para mostrar su espalda cubierta de cicatrices, con las heridas más frescas todavía de un rojo brillante, y la más nueva de todas aún sangrando por el súbito movimiento.

—¿Y qué hay de *su* violencia? Nosotros no levantamos la mano contra nuestros niños.

—¿No? —dijo el padre—. Evitar la vara es malcriar al niño: Dios nos ha dicho cómo mantener puros a nuestros hijos desde el momento en que adquieren responsabilidad hasta que dominan su propia disciplina. Golpeo el cuerpo de mi hijo para enseñarle a su espíritu a abrazar el amor puro de Cristo. Ustedes le enseñarán a odiar a sus enemigos, de modo que ya no importará si su cuerpo está vivo o muerto, pues su alma estará contaminada y Dios lo escupirá por Su boca.

El hombre arrojó la camisa de Zeck a su cara.

—Vuelva a casa y nos encontrará con su hijo, haciendo lo que la ley requiere.

Zeck se zafó de la presa del hombre. Lo sujetaba con mucha fuerza, pero Zeck tenía una ventaja mayor: no importaba cuánto le doliera para librarse.

—No iré con usted —dijo.

El hombre tocó un pequeño artilugio electrónico en su cinturón e irrumpieron de inmediato por la puerta una docena de hombres armados.

—Arrestaré a tu padre —dijo el hombre de la flota— y a tu madre. Y a todos los miembros de esta congregación que se me resistan.

Su madre entonces se adelantó, abriéndose paso entre su padre y otros feligreses.

—Por lo visto no sabe nada de nosotros —dijo—. No tenemos ninguna intención de resistirnos. Cuando un romano nos pide una capa, le damos también nuestro abrigo.

Empujó a las dos niñas mayores hacia el hombre.

—Haga el examen a todos. Ponga a prueba también a la más pequeña, si puede. No habla todavía, pero estoy segura de que tienen sus métodos.

—Volveremos a por ellas, aunque las dos más pequeñas son ilegales. Pero no cuando tengan la edad.

—Podrán robar el cuerpo de nuestro hijo, pero nunca su corazón. Entrénelo todo lo que quieran. Enséñenle lo que quieran. Su corazón es puro. Les repetirá sus palabras pero nunca, nunca las creará. Pertenece al Cristo Puro, no a la raza humana.

Zeck permaneció inmóvil, para no poder estremecerse como su cuerpo quería. La valentía que mostraba su madre era extraña y, como siempre, arriesgada. ¿Cómo reaccionaría su padre ante esa situación? Era él quien debía hablar, actuar, proteger a

la familia y a la iglesia.

Pero su padre, por supuesto, había dicho varias veces que una buena esposa es aquella que no tiene miedo de dar consejos no solicitados a su marido, y que un marido tan necio como para no oír la sabiduría de su esposa no es digno de serlo de ninguna mujer.

—Ve con ese hombre, Zeck —dijo el padre—. Y responde a todas las preguntas con sinceridad pura.

El calcetín de Ender

Peter Wiggin tenía que haber pasado el día en la Biblioteca Pública de Greensboro, preparando un trabajo, pero había perdido el interés en el proyecto. Faltaban dos días para Navidad, una festividad que siempre lo deprimía.

—No me hagáis ningún regalo —había dicho a sus padres el año anterior—. Poned el dinero en un fondo de pensiones y dádmelo cuando me gradúe.

—La Navidad impulsa la economía americana —respondió su padre—. Tenemos que contribuir a ello.

—No eres tú quien tiene que decir lo que los demás te regalen o dejen de hacerlo —añadió la madre—. Invierte tu dinero y no nos hagas regalos.

—Como si eso fuera posible —contestó Peter.

—De todas maneras, no nos gustan tus regalos —dijo Valentine—, así que bien podrías hacer lo que dice tu madre.

Peter se sintió molesto.

—¡No hay nada malo en mis regalos! Hablas como si os regalara tiritas usadas o algo por el estilo.

—Tus regalos siempre parece que son lo más barato que había en el escaparate y, además, parece que decides a quién se los das cuando llegas a casa.

La frase de Valentine retrataba exactamente el proceso que Peter seguía.

—Vamos, Valentine —dijo Peter—. Y luego todo el mundo dice que tú eres la simpática.

—¿Es que no podéis dejar de discutir? —preguntó la madre con tristeza.

—Paz en la Tierra, buena voluntad a todos los mocosos —respondió Peter.

Eso sucedió el año anterior. Ese año, las inversiones de Peter (anónimas, por supuesto, ya que todavía era menor de edad) iban muy bien, pues había vendido suficientes acciones para poder pagar algunos regalos bonitos para la familia. Nadie iba a decir que hubiera ocurrido nada malo con la cosecha de ese año. Pero no podía gastar mucho, ya que su padre empezaría a sentir demasiada curiosidad por la procedencia del dinero de Peter.

Había terminado las compras de Navidad. No iba a hacer un ejercicio sobre aquel tema, y no estaba dispuesto a empezar a investigar otro. No había nada que hacer en esa ciudad miserable más que irse a casa.

Por eso entró en el salón y se encontró a su madre llorando ante nada menos que un calcetín de Navidad.

—No te preocupes, mamá. Has sido buena. Este año no habrá carbón.

Ella le dirigió una risita de cortesía y guardó rápidamente el calcetín en la caja. Sólo entonces se dio cuenta Peter de a quién pertenecía.

—Mamá —dijo, sin poder disimular el tono de frustración y reproche en su voz. Porque Ender no estaba *muerto* si no en la Escuela de Batalla.

La madre se levantó de la silla y se dirigió a la cocina.

—Mamá, él está bien.

Ella se volvió, lo miró fijamente con ojos como brasas, aunque su voz era suave.

—Oh... ¿has recibido una carta suya? ¿Una llamada telefónica? ¿Un informe secreto de los administradores de la escuela que no proporcionaron a sus padres?

—No —contestó Peter, todavía incapaz de apartar la impaciencia de su voz.

Su madre contestó ácidamente.

—Entonces no sabes de lo que estás hablando, ¿verdad?

A Peter le dolió el desdén en su tono.

—¿Y acariciar ese calcetín y llorar se supone que va a mejorar las cosas?

—Eres incorregible, Peter —aseveró ella, abriéndose paso.

El la siguió a la cocina.

—Apuesto a que cuelgan calcetines en la Escuela de Batalla y los llenan de diminutas naves espaciales de juguete que hacen soniditos de disparo.

—Estoy segura de que los estudiantes musulmanes e hindúes agradecerán recibir calcetines de Navidad —dijo la madre.

—Hagan lo que hagan, madre, Ender no va a echarnos de menos en Navidad.

—Que no nos echéis de menos no significa que él vaya a ser como tú.

Peter puso los ojos en blanco.

—Claro que os echaría de menos.

La madre no dijo nada.

—Soy un chico absolutamente normal. Igual que Ender. Le va bien. Se está *adaptando*. La gente se adapta. A todo.

Ella se volvió despacio, extendió la mano, le tocó el pecho, y luego enganchó un dedo en el cuello de la camisa y lo atrajo.

—No te adaptas nunca a perder un hijo —susurró.

—No está muerto —dijo Peter.

—Es exactamente como si lo estuviera. Nunca volveré a ver al niño que marchó de aquí. Nunca lo veré a los siete o a los nueve o a los once años. No tendré ningún recuerdo de él a esas edades, sólo los que pueda imaginar. Es lo que les pasa a los padres de los niños muertos. Así que, a menos que sepas algo de lo que estás hablando, Peter... de sentimientos humanos, por ejemplo, ¿por qué no te callas?

—Feliz Navidad también a ti —dijo Peter, y salió de la habitación.

Su dormitorio le pareció raro. Extraño. Desnudo. No había nada en él que expresara su personalidad. Se debía a una decisión consciente por su parte: cualquier

detalle que pusiera a la vista daría ventaja a Valentine en su interminable pugna. Pero en ese momento, con la acusación de inhumanidad por parte de su madre todavía resonándole en los oídos, el dormitorio le parecía tan estéril que odió a la persona que había elegido vivir en él.

Así que volvió al salón, rebuscó en la caja de los calcetines de Navidad y los sacó todos. Su madre había bordado sus nombres y un dibujito icónico en cada calcetín. El suyo era una nave espacial. El de Ender, una locomotora a vapor. Pero era Escuadra, el pequeño cabroncete, el que estaba en el espacio, mientras que Peter estaba atrapado en tierra con las locomotoras.

Peter metió la mano en el calcetín de Ender y lo hizo hablar como si fuera un títere.

—Soy el mejor hijo de mamá y he sido muy bueno.

Había algo en el fondo del calcetín. Rebuscó, lo encontró, lo sacó. Era una moneda de cinco dólares, un níquel, como la gente lo llamaba, aunque tenía cien veces más el valor de aquella otra moneda largamente en desuso.

—¿Así que ahora te ha dado por robar cosas de los calcetines de los demás? —dijo su madre desde la puerta.

Peter se sintió tan avergonzado como si lo hubieran pillado en un delito de verdad.

—El calcetín pesaba —dijo—. Estaba mirando qué era.

—Fuera lo que fuese, no es tuyo —dijo la madre alegremente.

—No iba a quedármelo —dijo Peter, aunque por supuesto habría hecho exactamente eso, con la excusa de que había sido olvidado y nunca lo echarían de menos.

Pero era el calcetín con el que ella había estado llorando. Su madre sabía perfectamente bien que el níquel estaba en su interior.

—Sigues metiéndole cosas en el calcetín todos los años —dijo él, incrédulo.

—Santa llena los calcetines —contestó la madre—. No tiene nada que ver conmigo.

Peter sacudió la cabeza.

—Oh, madre.

—No tiene nada que ver contigo. Ocupate de tus asuntos.

—Esto es *morboso* —dijo Peter—. Llorar por tu niño-héroe como si estuviera muerto. Está bien. No va a morir, está en la escuela más estéril y más supervisada del universo y, cuando gane la guerra, volverá a casa entre aplausos y confeti y te dará un gran abrazo.

—Devuelve los cinco dólares —dijo la madre.

—Lo haré.

—Te estoy observando.

Eso le dolió.

—¿No te fías de mí, madre? —preguntó Peter. Hablaba con tono agraviado pero también sarcástico, para ocultar el hecho de que estaba dolido de verdad.

—No en lo que se refiere a Ender —dijo la madre—. Ni, ya puestos, a mí. La moneda es de Ender. No debería tener las huellas de nadie más que las suyas.

—Y las de Santa —dijo Peter.

—Y las de Santa.

Volvió a meter la moneda en el calcetín.

—Ahora guárdalo.

—Te das cuenta de que estás haciendo más y más tentador prenderle fuego a esto —dijo Peter.

—Y te preguntas por qué no me fío de ti.

—Y tú te preguntas por qué soy hostil y de poco fiar.

—¿No te hace sentirte un poquitín incómodo tener que esperar a que esté segura de que no vas a estar en casa antes de permitirme echar de menos a mi hijo pequeño?

—Puedes hacer lo que quieras, madre, cuando quieras. Eres una adulta. Los adultos tienen todo el dinero y toda la libertad.

—Eres el niño listo más estúpido del mundo.

—Una vez más, y sólo como referencia, por favor, toma nota de todos los motivos que tengo para sentirme querido y respetado en mi propia familia.

—Lo he dicho de la manera más amable y afectuosa.

—Estoy seguro de que sí, mami —dijo Peter, y guardó el calcetín en la caja.

La madre se acercó cuando empezaba a levantarse del sillón. Lo empujó hacia atrás, y luego metió la mano en la caja y sacó el calcetín de Ender. Buscó dentro.

Peter sacó la moneda del bolsillo de su camisa y se la entregó.

—Merecía la pena intentarlo, ¿no te parece?

—¿Sigues siendo tan envidioso de tu hermano que tienes que codiciar todo lo que es suyo?

—Son cinco pavos —dijo Peter—, y él no los va a gastar. Iba a invertirlos para que ganara unos buenos intereses, antes de que vuelva a casa dentro de, oh, pongamos seis u ocho años, o lo que sea.

La madre se inclinó y le besó la frente.

—El cielo sabe por qué sigo queriéndote.

Luego metió la moneda en el calcetín, metió el calcetín en la caja, le dio una palmada a Peter en la mano y sacó la caja de la habitación.

El dorso de la mano de Peter le dolía por el palmetazo, pero era donde sus labios habían tocado su frente donde su piel cosquilleaba más.

Las preguntas del diablo

Zeck subió a un hovercar con el hombre. Había un soldado conduciendo: el resto de los soldados iba en un vehículo diferente, uno más grande que parecía peligroso.

—Soy el capitán Bridegan —dijo el soldado.

—No me importa cómo se llame —respondió Zeck.

El capitán Bridegan no dijo nada.

Zeck tampoco.

Llegaron a casa de Zeck. La puerta estaba abierta. Una mujer esperaba en el interior, con papeles esparcidos sobre la mesa de la cocina, un montón de cuadernos y otra parafernalia por el estilo, incluida una máquina pequeña. Debía haber advertido que Zeck la miraba, porque la tocó y explicó:

—Es una grabadora. Para que otra gente pueda oír nuestra sesión y evaluarla más tarde.

Rayo capturado, pensó Zeck. Otro artilugio más utilizado por Satán para atrapar las almas de los hombres.

—Me llamo Agnes O'Toole —dijo ella.

—No le importa —intervino Bridegan.

Zeck extendió la mano.

—Encantado de conocerla, Agnes O'Toole.

¿No comprendía Bridegan la obligación de todo hombre con cualquier mujer de ser amable y cortés, puesto que el destino de la mujer consistía en internarse en el valle de las sombras de la muerte, para atraer más almas al mundo y poder de este modo ser purificadas y servir a Dios? Qué trágica ignorancia.

—Esperaré aquí —dijo Bridegan—, si a Zeck no le molesta.

Parecía estar esperando una respuesta.

—No me importa lo que haga —dijo Zeck, sin molestarse en mirarlo. Era un hombre violento, como ya había demostrado, y por eso era un impuro sin remisión. No tenía ninguna autoridad a los ojos de Dios, y sin embargo había agarrado a Zeck por los hombros como si tuviera derecho a hacerlo. Sólo su padre tenía el deber de purificar la carne de Zeck; nadie más tenía derecho a tocarlo.

—Su padre le pega —dijo Bridegan. Y se marchó.

Agnes lo miró alzando las cejas. Pero Zeck no vio ninguna necesidad de explicar nada. Conocían el castigo de la carne impura antes de venir, ¿cómo si no habría sabido Bridegan que tenía que arrancarle la camisa y mostrar sus marcas? Bridegan y Agnes obviamente querían utilizar esas cicatrices de alguna manera. Como si

pensaran que Zeck quisiera ser consolado y protegido.

¿De su padre? ¿Del instrumento elegido por Dios para llevarle a la edad adulta? Como si un hombre tratara de alzar su débil mano para impedir que Dios hiciera Su voluntad en el mundo.

Agnes dio comienzo a la prueba. Cada vez que las preguntas trataban de algo que Zeck conocía, las respondía con sinceridad, tal como su padre le había ordenado. Pero la mitad de las preguntas eran de cosas que desconocía por completo. Tal vez hacían referencia a cosas de las vides que Zeck no había visto nunca en la vida; tal vez trataban sobre aspectos de las redes que Zeck sólo conocía porque eran telarañas condenadas hechas de rayos, colocadas ante los pies de las almas necias para atraparlas y arrastrarlas al infierno.

Agnes manipuló los cuadernos y le hizo responder preguntas sobre ellos. Zeck vio de inmediato cuál era el propósito de la prueba. Así que extendió la mano y le quitó los cuadernos. Luego los manipuló para mostrar cada uno de los ejemplos dibujados sobre el papel en dos dimensiones, excepto uno.

—Este no se puede hacer con los cuadernos —dijo.

Ella los retiró.

La siguiente prueba se llamaba «Diagnósticos Globales: Edición Fundamentalista Cristiana». Como ella cubrió el título casi al instante, quedó claro que Zeck no debía saber de qué le estaban examinando.

Comenzó con preguntas sobre la creación y Adán y Eva.

Zeck la interrumpió y citó a su padre.

—El libro del Génesis representa el mejor trabajo que pudo hacer Moisés, al explicar la evolución a gente que ni siquiera sabía que la Tierra es redonda.

—¿Crees en la evolución? Entonces, ¿qué hay de Adán como el primer hombre?

—El nombre «Adán» significa «muchos» —contestó Zeck—. Había muchos machos en aquella tropa de primates, cuando Dios eligió a uno de ellos, lo tocó con Su Espíritu y puso dentro el alma de un hombre. Fue Adán el primero que tuvo lenguaje y puso nombre a los otros primates, los que se parecían a él pero no eran humanos, porque Dios no les había dado almas humanas. El Génesis dice: «Y Adán dio nombre al ganado, a las aves, y a todas las bestias de la tierra; pero para Adán no hubo nadie que lo acompañara». Lo que Moisés escribió en realidad fue mucho más simple: «Adán puso nombre a todas las bestias que no eran a imagen y semejanza de Dios. Ninguna de ellas podía hablarle, así que estaba completamente solo».

—¿Sabes qué escribió Dios en realidad? —preguntó Agnes.

—Cree que somos fundamentalistas. Pero no lo somos. Somos puritanos. Sabemos que Dios sólo puede enseñarnos lo que estemos preparados para comprender. La Biblia fue escrita por hombres y mujeres en tiempos pretéritos, y contiene todo cuanto eran capaces de comprender. Nosotros tenemos un mayor

conocimiento de la ciencia, y por eso Dios se permite aclarar y decirnos más cosas. No sería un Padre amoroso si insistiera en contarnos sólo lo que los humanos pudimos entender en la infancia de nuestra especie.

La mujer se recostó en su asiento.

—Entonces, ¿por qué tu padre llama a la electricidad «rayo»?

—¿No son la misma cosa? —preguntó Zeck, tratando de ocultar su desdén.

—Bueno, sí, claro, pero...

—Mi padre lo llama «rayo» para enfatizar lo peligroso y efímero que es —dijo Zeck—. La palabra «electricidad» es para él una mentira, y les convence a ustedes de que el rayo, debido a que pasa por los cables y cambia el estado de los semiconductores, ha sido domado y ya no supone ningún peligro. Pero Dios dice que es en el interior de sus máquinas cuando el rayo es más peligroso, porque el que te golpea al caer del cielo sólo puede dañar tu cuerpo, mientras que el que te ha domado y entrenado a través de las máquinas puede robarte el alma.

—Así que Dios habla a tu padre —dijo Agnes.

—Y habla a todos los hombres y mujeres que se purifican lo suficiente como para oír su voz.

—¿Te ha hablado alguna vez?

Zeck negó con la cabeza.

—Todavía no soy puro.

—Y por eso tu padre te azota.

—Mi padre es el instrumento de Dios para la purificación de sus hijos.

—¿Y confías en que tu padre hace siempre la voluntad de Dios?

—Mi padre ahora mismo es el hombre más puro de la Tierra.

—Sin embargo, nunca has confiado lo suficiente en él para hacerle saber que tienes una memoria capaz de recordar palabra por palabra.

Sus palabras lo golpearon como un puñetazo. Tenía toda la razón. Zeck había hecho caso a su madre y nunca había dejado que su padre se diera cuenta de su habilidad. ¿Y por qué? No porque Zeck tuviera miedo, sino porque *su madre* tenía miedo. Había metido su falta de fe en él como si fuera propia, y por eso su padre no podía purificarlo. Nunca podría hacerlo, porque le había estado engañando todos esos años.

Se puso de pie.

—¿Adonde vas? —preguntó Agnes.

—Con mi padre.

—¿Para hablarle de tu fenomenal memoria? —preguntó ella amablemente.

Zeck no tenía ningún motivo para decirle nada, así que no lo hizo.

Bridegan estaba esperando en la otra habitación, bloqueando la salida.

—No señor —dijo—. No vas a ir a ninguna parte.

Zeck regresó a la cocina y se sentó ante la mesa.

—Me van a llevar al espacio, ¿verdad? —preguntó.

—Sí, Zeck —contestó ella—. Eres uno de los mejores que hemos examinado.

—Iré con ustedes. Pero nunca lucharé por ustedes —dijo él—. Llevarme allí es una pérdida de tiempo.

—Nunca es por mucho tiempo.

—Crees que si me llevan lo bastante lejos de la Tierra me olvidaré de Dios.

—Olvidar no —dijo ella—. Tal vez transformarás tu comprensión.

—¿No comprenden lo peligroso que soy? —preguntó Zeck.

—Lo cierto es que contamos con ello.

—No soy peligroso como soldado —dijo él—. Si voy con ustedes, seré como un maestro. Ayudaré a los otros niños de su Escuela de Batalla a ver que Dios no quiere que maten a sus enemigos.

—Oh, no nos preocupa que conviertas a los otros niños —dijo Agnes.

—Debería preocuparles. La palabra de Dios tiene poder para la salvación, y ningún poder en la tierra o en el infierno puede contra ella.

Ella sacudió la cabeza.

—Podría preocuparme si fueras puro. Pero, como no lo eres, ¿qué poder tendrás para convertir a nadie?

Recogió los impresos de la prueba y los guardó en el maletín junto con los cuadernos y la grabadora.

—Lo tengo grabado —dijo en voz alta para que Bridegan la oyera—. Dijo: «Iré con ustedes».

Bridegan entró en la cocina.

—Bienvenido a la Escuela de Batalla, soldado.

Zeck no respondió. Todavía estaba reflexionando sobre lo que ella había dicho. ¿Cómo puedo convertir a nadie, cuando todavía soy impuro?

—Tengo que hablar con mi padre —dijo Zeck.

—Imposible —se opuso Agnes—. Es el Zechariah Morgan impuro al que queremos. No al puro que confesaba todo a su padre. Además, no tenemos tiempo para esperar a que con otro puñado de latigazos se cure.

Bridegan se rio de forma ostentosa.

—Si ese hijo de puta vuelve a levantar la mano contra este niño una vez más, se la volaré de un tiro.

Zeck se volvió hacia él lleno de rabia.

—Entonces, ¿en qué se convertiría?

Bridegan siguió riéndose.

—Me convertiría en lo que ya soy: en un soldado violento. Mi trabajo es defender a los indefensos contra los crueles. Eso es lo que estamos haciendo al combatir a los

fórmicos... y es lo que haría si le cortara las manos a tu padre hasta los codos.

Por respuesta, Zeck recitó el libro de Daniel.

—Una piedra fue cortada, sin manos, e hirió la imagen en sus pies de hierro y de barro cocido, y los rompió en pedazos.

—Sin manos. Bonito truco —dijo Bridegan.

—Y la piedra que hirió a la imagen fue convertida en un gran monte que ocupó toda la tierra —dijo Zeck.

—Se sabe toda la Biblia de memoria —dijo Agnes.

—Y en los días de esos reyes, el Dios del cielo levantará un reino que no será jamás destruido, ni será el reino dejado a otro pueblo: desmenuzará y consumirá a todos esos reinos, pero Él permanecerá para siempre.

—En la Escuela de Batalla van a adorarlo —comentó Bridegan.

Zeck pasó aquella Navidad en el espacio, dirigiéndose a la estación que albergaba la Escuela de Batalla. No hizo nada para causar molestias, obedeció a todas las órdenes que le dieron. Cuando su grupo de salto entró en la Sala de Batalla, Zeck aprendió a volar como todos los demás. Incluso era capaz de apuntar con su arma a los objetivos que le asignaban.

Tardaron un tiempo en darse cuenta de que Zeck nunca alcanzaba a nadie con su arma. En todas las batallas, su puntuación era cero. Estadísticamente, era el peor soldado de la historia de la escuela. En vano los profesores recalcaban que sólo se trataba de un juego.

—Ni aprenderán más cosas sobre la guerra —citaba Zeck a cambio—. No ofenderé a Dios aprendiendo los métodos de la guerra.

Podían llevarle al espacio, podían hacerle vestir el uniforme, podían obligarle a ir a la Sala de Batalla, pero no podían obligarle a disparar.

Pasaron muchos meses, y siguieron sin enviarle de vuelta a casa, pero al menos le dejaron en paz. Pertenecía a una escuadra, practicaba con ellos, pero en cada informe de batalla, su efectividad era nula. No había ningún soldado en la escuela más orgulloso de su récord.

Víspera de *Sinterklaas*

Dink Meeker vio cómo Ender Wiggin entraba por la puerta de los barracones de la Escuadra Rata. Como de costumbre, Rosen estaba cerca de la entrada, y de inmediato pronunció el rutinario sonsonete de «Yo, Rose el Narizotas, niño judío extraordinario». Rosen se identificaba de este modo con la reputación militar de Israel, a pesar de no ser israelí ni tampoco un comandante de las últimas promociones.

Tampoco era malo, pues la Escuadra Rata iba segunda en los rankings. ¿Pero cuánto de eso se debía a Rose, y cuánto al hecho de que Rosen confiaba en el batallón de Dink, que éste había entrenado?

Dink era mejor comandante, y lo sabía: le habían ofrecido la Escuadra Rata y Rosen sólo la obtuvo cuando Dink rechazó el ascenso. Nadie, naturalmente, conocía ese detalle, pero Dink y el coronel Graff y algunos profesores podían llegar a saberlo. No había ningún motivo para sacarlo a relucir, porque esa información sólo serviría para debilitar a Rosen y presentar a Dink como un fanfarrón o un necio, dependiendo de si la gente le creía o no. Así que no decía nada. Se trataba del show de Rosen. Del que él debería escribir el guión.

—¿Es éste el gran Ender Wiggin? —preguntó Flip. Su nombre era la abreviatura de Filippus, y, como Dink, era holandés. También era muy joven y aún tenía que demostrar algo impresionante. A un niño pequeño como Flip le debía amargar que Ender Wiggin hubiera llegado a la Escuela de Batalla antes de tiempo y, además, hubiera alcanzado unas calificaciones tan brillantes casi al mismo tiempo.

—Te dijo que es número uno porque su comandante no le dejó disparar su arma —dijo Dink—. Así que, cuando por fin lo hizo (desobedeciendo a su comandante, debo añadir), consiguió esa increíble calificación respecto al número de muertos. Es una porquería cómo llevan las estadísticas.

—Vale —dijo Flip—, si Ender es tan poca cosa, ¿por qué te molestaste en tenerlo en tu batallón?

Alguien había oído a Dink pedir a Rosen que incorporara a Ender a su batallón, y la voz se había corrido.

—Porque necesito a alguien mucho más pequeño que tú —dijo Dink.

—Y lo has estado observando. Te he visto. Observando.

Era fácil olvidar a veces que todos los niños que estaban allí eran brillantes. Observadores. Memoria clara y gran habilidad analítica. Incluso los que eran todavía demasiado tímidos para haber hecho nada en la vida. No era un buen sitio para hacer

algo subrepticio.

—E —dijo Dink—. Creo que tiene algo.

—¿Qué tiene que no tenga yo?

—Sabe hablar bien.

—Todo el mundo habla como yo.

—Todo el mundo es tonto. Me largo de aquí.

Momentos después, Dink dejó atrás a Rosen y Ender y salió de la habitación.

En ese momento, no quería hablar con Ender. Y es que ese niño genio probablemente recordaba la primera vez que se conocieron. En un cuarto de baño, justo después de que vistieran a Ender con el uniforme de la Escuadra Salamandra, su primer día en el juego. Dink había visto lo pequeño que era y dijo algo así como:

—Es tan pequeño que podría pasar entre mis piernas sin tocarme las pelotas.

No quería decir nada, y uno de sus amigos respondió inmediatamente:

—Porque no tienes, Dink, por eso.

Así que no podía decirse que Dink se anotara ningún punto.

Pero decirlo fue una estupidez, cosa que no resultaba censurable: se podía ser estúpido con los chicos nuevos. Pero se trataba de Ender Wiggin, y Dink sabía ahora que ese niño era algo más, algo importante, y se merecía un mejor trato. Dink quería ser el niño que supiera inmediatamente lo que representaba Ender Wiggin, pero, por el contrario, se había convertido en el idiota que había hecho una estúpida broma sobre la estatura de Ender.

¿Bajito? Ender era bajito porque era joven. Era digno de prestigio que le trajeran a la Escuela de Batalla un año antes que a los demás niños. Y luego fue ascendido a la Escuadra Salamandra mientras el resto de su equipo de salto seguía practicando el entrenamiento básico. Así que era realmente pequeño. Y por tanto, bajito. ¿Qué clase de idiota se burlaría de un niño por ser más listo que los demás?

Oh, trágatela, se dijo. ¿Qué importa lo que Wiggin piense de ti? Tu trabajo es entrenarlo. Compensar las semanas que desperdició en la estúpida Escuadra Salamandra de Bonzo Madrid y ayudar a ese niño a convertirse en lo que se supone que se ha de convertir.

No es que Wiggin hubiera perdido realmente el tiempo. Había estado dirigiendo ejercicios de prácticas para los novatos y otros inútiles durante su tiempo libre, y Dink había ido a ver cómo lo hacía. Wiggin presentaba cosas nuevas: movimientos que Dink nunca había visto antes. Tenían posibilidades, así que Dink iba a usar esas técnicas en su batallón. Le daría a Wiggin la oportunidad de ver sus ideas en el contexto de un combate, en la Sala de Batalla.

No soy Bonzo. No soy Rosen. Tener a mis órdenes a un soldado que es mejor que yo, más listo, más inventivo, no me amenaza. Aprendo de todos. Ayudo a todos. Es la única forma en que puedo ser rebelde en este lugar: nos eligen por nuestra ambición y

nos instan a ser competitivos. Así que no compito. Coopero.

Dink estaba sentado en la sala de juegos, viendo a los otros jugadores (había vencido en todos los juegos de la sala, así que no le quedaba nada que demostrar), cuando Wiggin lo encontró. En lo que respecta al primer chiste tonto que Dink hizo sobre su estatura, Wiggin hizo ver que no lo recordaba. Dink, por su parte, le hizo saber qué reglas y órdenes de Rosen tenía que obedecer, y cuáles no. También le indicó que Dink no se entrenaría en juegos de poder con él: le iba a meter en los combates desde el principio, impulsándole, dándole la oportunidad de aprender y crecer.

Wiggin comprendió claramente lo que Dink estaba haciendo por él y se marchó satisfecho. Esa es mi contribución a la supervivencia de la raza humana, pensó Dink. No soy de la materia de la que están hechos los grandes comandantes, pero reconozco a un gran comandante cuando le veo, y puedo ayudar a prepararlo. Con eso me basta. Puedo coger esta escuela estúpida e ineficaz y conseguir algo que pueda ayudarnos a ganar esta guerra. Algo real.

No esta estúpida farsa. ¡Escuela de Batalla! Eran juegos infantiles pero diseñados por adultos para manipular a niños. Pero ¿qué tenía eso que ver con la guerra de verdad? Se llega a lo más alto de las puntuaciones, se derrota a todo el mundo, ¿y luego qué? ¿Matas a algún insector? ¿Se salva una vida humana? No. Se va a la siguiente escuela y se empieza de nuevo como si nada hubiera ocurrido. ¿Había alguna prueba que demostrara que la Escuela de Batalla servía para algo?

Es cierto que los graduados acababan ocupando importantes puestos en la flota, pero claro, para empezar, la Escuela de Batalla sólo admite a niños que son brillantes, y cuenta de este modo con material de primera. ¿Había alguna prueba de que la Escuela de Batalla creara alguna *diferencia*?

Me podría encontrar en casa, en Holanda, caminando junto al mar del Norte. Viendo cómo las olas golpean contra la orilla, tratando de cubrir y destruir los diques, las islas, y de cubrir la tierra del océano, como solía ser antes de que los humanos comenzaran su estúpido experimento de terraformación.

Dink recordaba haber leído (allá en la Tierra, cuando podía leer lo que quería) la tonta pretensión de que la Gran Muralla de China era la única creación humana que podía observarse desde el espacio. Esa pretensión ni siquiera era cierta, al menos no desde órbita geosincrónica o superior. La muralla ni siquiera proyectaba una sombra que pudiera ser vista.

No, la creación humana que podía observarse desde el espacio, que aparecía en imagen tras imagen sin causar ningún comentario, era Holanda. En sus orígenes, se debería tratar de un simple grupo de islas rodeadas de agua salada, pero, dado que los holandeses construyeron diques, bombearon toda el agua y purificaron el suelo, pasó a ser un área terrestre. Un área verde y exuberante, visible desde el espacio.

Pero nadie lo reconocía como una creación humana. Era sólo un área terrestre. Un lugar donde se cultivaban plantas, se alimentaba a las vacas y había casas y carreteras, igual que en cualquier otro lugar de la Tierra. Pero lo hicimos nosotros. Nosotros, los holandeses. Y cuando los niveles del mar se elevaron, levantamos diques más altos y los hicimos más gruesos y más fuertes, y nadie pensó: guau, mirad a los holandeses, han hecho la creación humana más grande de la Tierra, y siguen haciéndola, mil años más tarde.

Podría haberme quedado en casa, en Holanda, hasta que estuvieran preparados para encargarme que hiciera algo real. Tan real como la tierra tras los diques.

El tiempo de ocio se acabó. Dink fue a practicar. Luego comió con el resto de la Escuadra Rata, siguiendo el ritual de fingir que toda su comida era de rata. Dink advirtió cómo Wiggin observaba y parecía disfrutar del juego, pero no participaba. Se quedaba aparte, observando.

Eso es algo más que tenemos en común.

¿Algo más? ¿Por qué había pensado en esos términos? ¿Qué era lo primero que tenía en común, que hacía que permanecer apartado significara algo más?

Oh, es cierto. Casi lo olvidaba. Somos los niños más listos de la escuela.

Dink se rio en silencio de sí mismo con perfecto desdén. Cierto, no soy competitivo. Sé que no soy el mejor pero, sin siquiera pensarlo, asumo por tanto que soy el segundo mejor. Qué capullo.

Dink fue a la biblioteca y estudió un rato. Esperaba que Petra se le acercara, pero no lo hizo. En vez de hablar con ella (era la única alumna que conocía con la que compartía su desprecio por el sistema), terminó sus tareas. Eran de la asignatura de Historia, así que importaba que lo hiciera bien.

Volvió a los barracones un poco temprano. Pensó en echarse a dormir. O tal vez en jugar con su consola. O a lo mejor había alguien a quien le apetecía charlar, y así Dink tendría un poco de conversación. Nada de planes. Se negaba a preocuparse.

Flip también estaba allí, desnudándose para acostarse. Pero en vez de meter los zapatos en la taquilla con el resto de su uniforme, su traje refulgente y las pocas otras posesiones que un niño podía tener en la Escuela de Batalla, puso los zapatos en el suelo, cerca del pie de la cama, con las puntas hacia afuera.

Había algo familiar en aquello.

Flip lo miró, sonrió tímidamente y puso los ojos en blanco. Se metió entonces en la cama y empezó a leer algo en su consola, concentrándose en lo que debía ser una tarea, porque de vez en cuando pasaba un dedo por una sección del texto para ampliarlo.

Los zapatos. Era 5 de diciembre. Era la víspera de la festividad de *Sinterklaas*. Y Flip era holandés, así que por supuesto había colocado los zapatos.

Esa noche, *Sinterklaas*, *Sint Nikolaas*, santo patrón de la infancia, vendría desde

su hogar en España, con Black Peter cargando un saco de regalos, y pondría el oído en el hueco de las chimeneas de las casas de toda Holanda, para comprobar si los niños se peleaban o eran desobedientes. Si los niños eran buenos, *Sint Nikolaas* llamaría a la puerta y, en cuanto le abrieran, lanzaría caramelos. Los niños saldrían corriendo por la puerta y encontrarían regalos en cestas... o en sus zapatos, que habrían dejado junto a la puerta principal.

Y Flip había dejado sus zapatos la víspera de *Sinterklaas*.

Por algún motivo, los ojos de Dink se llenaron de lágrimas. Una estupidez. Echaba de menos su casa, la casa de su padre cerca de la playa. Pero *Sinterklaas* era una fiesta para niños pequeños, no para él. No para un niño de la Escuela de Batalla.

Sin embargo la Escuela de Batalla no significa nada para mí. Debería estar en casa. Y si estuviera en casa, estaría ayudando a celebrar el día de *Sinterklaas* para los niños más pequeños. Si hubiera niños más pequeños en nuestra casa.

Sin tenerlo del todo claro, Dink sacó su consola y empezó a escribir.

Sus zapatos criando moho esperarán sin un regalo de Sinterklaas pues cuando un soldado no puede cruzar la sala de batalla sin una pérdida entonces por qué Sinterklaas equipará a un niño que no sabe volar sino que se arrastra como un goterón de lluvia en un cristal, y no como una nave que vuela por el espacio. Es Flip, claro está.

No era un gran poema, desde luego, pero los poemas de *Sinterklaas* acostumbraban a burlarse del destinatario del regalo sin pretender ofenderlo. Cuanto más tonto era el poema, más se reía de quien ofrecía el regalo, sin pretender conseguir ninguna rima. Flip seguía siendo objeto de burlas, pues la primera vez que fue asignado a la Escuadra Rata ejecutó un par de malos saltos desde la pared de la Sala de Batalla y acabó flotando como una pluma y convirtiéndose en un blanco perfecto para el enemigo.

Dink habría escrito el verso en holandés, pero era un idioma moribundo, y no sabía si lo hablaba lo bastante bien como para escribir poesía. Tampoco estaba seguro de que Flip pudiera leer un poema en holandés, y más si había alguna palabra rara. Holanda estaba cerca de Inglaterra. La Escuela de Batalla había hecho que Holanda fuera bilingüe; la Comunidad Europea había convertido a los holandeses prácticamente en anglófonos.

El poema estaba terminado, pero no había manera de imprimirlo desde la consola. Pero la noche era joven. Dink puso el poema en la cola de impresión y se levantó de la cama para deambular por los pasillos, con la consola bajo el brazo. Recogería el poema antes de que la sala de impresión cerrara, y también buscaría algo que pudiera servir de regalo.

Al final no encontró ningún regalo, pero añadió dos versos al poema.

*Si piensas que Piet un regalo hoy te hará
en la bandeja del desayuno lo encontrarás.*

No es que hubiera muchas cosas disponibles para los niños de la Escuela de Batalla. Sus únicos juegos estaban en sus consolas o en la sala de juegos; su único deporte estaba en la Sala de Batalla. Consolas y uniformes: ¿qué otra cosa necesitaban?

Este trocito de papel, pensó Dink. Es todo lo que tendrá por la mañana.

Había oscurecido en los barracones, y la mayoría de los niños dormían, aunque unos cuantos aún trabajaban con sus consolas o jugaban a algún juego estúpido. ¿No sabían que los profesores hacían análisis psicológicos suyos basándose en lo que jugaban? Tal vez no les importaba. A Dink a veces tampoco le quitaba el sueño, y jugaba. Pero no esa noche. Esa noche estaba deprimido. Y ni siquiera sabía por qué.

Sí que lo sabía. Flip iba a recibir algo de *Sinterklaas*... y él no. Debería recibir un regalo. Su padre siempre se aseguraba de que recibiera algo del saco de Black Piet. Dink habría rebuscado por toda la casa la mañana de *Sinterklaas* hasta encontrarlo por fin en algún perverso escondite.

Siento nostalgia de mi casa. Eso es todo. ¿No era lo que le había dicho aquel estúpido consejero? ¿Sientes nostalgia de casa? Supérala. Los otros chicos lo hacen, dijo el consejero.

Pero no es verdad, pensó Dink. Sólo lo ocultan. A los demás, a sí mismos.

Lo notable de Flip era que esa noche no lo ocultaba.

Flip ya se había dormido. Dink dobló el papel y lo metió en uno de sus zapatos.

Niño estúpido y avaricioso. Mira que dejar los dos zapatos.

Pero naturalmente, eso no era todo. Si hubiera dejado sólo un zapato, habría sido prueba suficiente de lo que estaba haciendo. Alguien podría haberlo deducido y entonces se habrían burlado implacablemente de Flip por ser tan infantil y por añorar tanto su casa. Así que... los dos zapatos. Y podría negarlo todo. No se trataba del día de *Sinterklaas*, sino es que se había olvidado los zapatos a la vera de la cama.

Dink se metió en su cama y permaneció allí tendido durante un rato, invadido por una tristeza profunda e inexplicable. En realidad, no tenía nostalgia de su casa. Pensaba en que ya no era un niño, sino el que ayudaba a *Sinterklaas* a hacer su trabajo. Naturalmente, el viejo santo no podría desplazarse desde España hasta la Escuela de Batalla, debido al vehículo que utilizaba. Alguien tenía que ayudarlo.

Dink no estaba actuando como un niño, sino como un padre. Nunca más volvería a ser niño.

El día de *Sinterklaas*

Zeck observó los zapatos y vio a Dink meter algo en uno de éstos, en plena oscuridad, cuando la mayoría de los niños estaban dormidos. Pero no sintió curiosidad por lo que sucedía, más allá de constatar que dos niños holandeses estaban haciendo algo extraño.

Zeck no estaba en el batallón de Dink. En realidad, no estaba en ningún batallón, porque nadie lo quería, y no importaba que lo tuvieran o no. Zeck no jugaba, cosa que justificaba el hecho de que la Escuadra Rata estuviera en segundo lugar: porque ganaban sus batallas con un soldado en activo menos que todas las demás escuadras.

Al principio, Rosen había amenazado y había tratado de quitar privilegios a Zeck (incluyendo comidas), pero éste simplemente lo ignoraba. Desdeñó a los otros niños que lo empujaban y lo acosaban por los pasillos. ¿Qué importancia tenía eso para él? La brutalidad física que empleaban contra él (aunque sólo fuera de forma leve) ponía de relieve de qué tipo de personas se trataba, y también la impureza de sus almas, ya que se regocijaban en la violencia.

Génesis, capítulo seis, versículo trece: «Y Dios le dijo a Noé: "He decidido el fin de todo ser, porque la tierra está llena de violencia a causa de ellos; y he aquí que los destruiré a todos con la tierra."».

¿No comprendían que era la violencia de la raza humana lo que había causado que Dios enviara a los insectores a atacar la Tierra? A Zeck esto le quedó clarísimo cuando lo obligaron a ver los vids de la destrucción de China. ¿A quién podían representar los insectores sino al ángel destructor? Primero un diluvio y ahora un incendio, tal como lo había profetizado.

Así que la respuesta adecuada era la de erradicar la violencia y volverse pacífico, rechazar la guerra. En cambio, ellos sacrificaban niños al dios idólatra de la guerra, apartándolos de sus familias y arrojándolos a los calientes brazos metálicos de Moloch, donde serían entrenados para entregarse por completo a la violencia.

Acosadme lo que queráis. Me purificará a mí y a vosotros os volverá más sucios.

Ahora, sin embargo, nadie perdía el tiempo con Zeck. Lo ignoraban. No adrede: si hacía una pregunta, le contestaban. Con desdén, tal vez, pero ¿qué le importaba eso a Zeck? El desprecio era simplemente un signo de piedad mezclada con odio, y el odio representaba el orgullo mezclado con miedo. Ellos le temían porque él era diferente, y por eso lo odiaban, y por eso su lástima (el toque divino que quedaba en ellos) se convertía en desdén. Una virtud que ensuciaba el orgullo.

A la mañana siguiente, se había olvidado de los zapatos de Flip y del papel que

Dink había metido en uno de ellos la noche anterior.

Pero entonces vio a Dink salirse de la fila de la comida, con una bandeja llena, y acercarse a Flip para entregársela.

Flip sonrió, y luego se rio y puso los ojos en blanco.

Zeck recordó entonces los zapatos. Se acercó y miró la bandeja.

Esa mañana había tortitas. La de encima había sido recortada para crear una figura en forma de F. Por lo visto eso significaba algo para los dos niños holandeses que a Zeck se le escapaba por completo. Pero claro, se le escapaban un montón de cosas. Su padre lo había mantenido resguardado del mundo, y por eso no sabía muchas de las cosas que sabían la mayoría de los demás niños. Se sentía orgulloso de su ignorancia. Era una marca de su pureza.

Esta vez, sin embargo, había algo que le pareció mal. Como si la letra F de la tortita indicara algún tipo de conspiración. ¿Qué representaba? ¿Una mala palabra en común? Esa hipótesis parecía demasiado fácil y, además, la risa de los holandeses ante dicho signo no era perversa sino triste.

Risa triste. Era difícil encontrar el significado, pero Zeck sabía que tenía razón. La F era graciosa, pero también los entristecía.

Le preguntó a uno de los otros niños:

—¿Qué es esa F que Dink ha marcado en la tortita de Flip?

El otro niño se encogió de hombros.

—Son holandeses —dijo, como si eso explicara cualquier tipo de extravagancia en ellos.

Zeck tomó esa pista solitaria (que naturalmente ya conocía) y la llevó a su consola inmediatamente después de desayunar. Buscó primero «Holanda F». Nada tenía sentido. Entonces probó con unas cuantas combinaciones más, pero fue «zapatos holandeses» lo que le llevó al día de *Sinterklaas*, 6 de diciembre, y a todas las costumbres asociadas con esa celebración.

No fue a clase. Se dirigió a la ordenada cama de Flip y la deshizo hasta que encontró, bajo la sábana y junto al colchón, el poema de Dink.

Zeck lo memorizó, lo puso en su sitio y volvió a hacer la cama, pues no estaría bien poner a Flip ante el peligro de recibir una reprimenda por algo que no merecía. Luego se dirigió al despacho del coronel Graff.

—No recuerdo haberte mandado llamar —dijo el coronel Graff.

—No lo ha hecho —contestó Zeck.

—Si tienes un problema, trátalo con tu consejero. ¿A quién te han asignado?

Zeck comprendió de inmediato que no se trataba de que Graff hubiese olvidado el nombre del consejero: simplemente no tenía ni idea de quién era Zeck.

—Soy Zeck Morgan —dijo—. Soy espectador en la Escuadra Rata.

—¡Oh! —asintió Graff—. Tú. ¿Has reconsiderado tu voto de no violencia?

—No, señor. He venido a hacerle una pregunta.

—¿Y no podría habértela contestado cualquier otro?

—Todos los demás están ocupados —respondió Zeck, y lamentó de inmediato haber dicho eso, porque naturalmente no lo había intentado con nadie más, y lo dijo sólo para herir los sentimientos de Graff, dándole a entender que era un inútil y que no tenía ningún trabajo que hacer—. He hecho mal en decir eso, y le pido perdón.

—¿Cuál es tu pregunta? —dijo Graff, impaciente, desviando la mirada.

—Cuando me informaron de que la no violencia aquí no era una opción válida, me comunicaron que se debía a los motivos de índole religiosa que esgrimía, teniendo en cuenta que en la Escuela de Batalla no existe ningún tipo de práctica religiosa.

—Ninguna práctica religiosa —respondió Graff—. O las clases se verían interrumpidas constantemente por los musulmanes rezando y, cada siete días (y no el mismo séptimo día, te lo recuerdo) tendríamos a cristianos y musulmanes y judíos celebrando un Sabbath u otro. Por no mencionar los rituales de Macumba, del sacrificio de pollos. Iconos y estatuas de santos y pequeños budas y altares ancestrales y todo tipo de cosas que abarrotarían el lugar. Así que todo está prohibido. Y Punto. Por favor, vuelve a tu clase antes de que me vea obligado a castigarte.

—Esa no era mi pregunta —apuntó Zeck—. No habría venido aquí a hacerle una pregunta cuya respuesta ya conozco.

—Entonces, ¿por qué has mencionado...? No importa, haz tu pregunta.

—Si la práctica religiosa está prohibida, ¿por qué se tolera la conmemoración del día de San Nicolás en la Escuela de Batalla?

—Eso no lo hacemos —respondió Graff.

—Y sin embargo, lo han celebrado.

—No, no lo hacemos.

—Se ha conmemorado.

—¿Quieres ir por favor al grano? ¿Estás formulando una queja? ¿Hizo alguno de los profesores algún comentario?

—Filippus Rietveld puso sus zapatos con motivo del día de San Nicolás. Dink Meeker le metió un poema de *Sinterklaas* en el zapato y luego le regaló a Flip una tortita con la inicial F. Esa inicial comestible es un regalo tradicional del día de *Sinterklaas*, que es hoy, 6 de diciembre.

Graff se acomodó en su sillón.

—¿Un poema de *Sinterklaas*?

Zeck lo recitó.

Graff sonrió y soltó una risita.

—Así que piensa que es gracioso que ellos tengan su práctica religiosa, pero la mía está prohibida.

—Era un poema dentro de un zapato. Te doy permiso para escribir todos los poemas que quieras y meterlos en la vestimenta de la gente.

—Los poemas dentro de los zapatos no son mi práctica religiosa. La mía es contribuir humildemente a la paz en la Tierra.

—Ni siquiera estás en la Tierra.

—Lo estaría si no me hubieran secuestrado y esclavizado al servicio de Mammón —dijo Zeck suavemente.

Llevas aquí casi un año, pensó Graff, y sigues cantando el mismo estribillo. ¿Es que la presión de tus iguales no tiene ningún efecto sobre ti?

—Si esos holandeses cristianos tienen su día de San Nicolás, entonces los musulmanes deberían tener el Ramadán y los judíos la fiesta de los Tabernáculos, y yo debería poder vivir el evangelio del amor y la paz.

—¿Por qué me molestas con esto? —dijo Graff—. Lo único que puedo hacer es castigarlos por un gesto bastante amable. Hará que la gente te odie aún más.

—¿Quiere decir que pretende decirles quién los denunció?

—No, Zeck. Sé cómo actúas. Tú mismo se lo dirás, así que ellos se enfadarán y la gente te perseguirá y eso te hará sentirte más purificado.

Desde luego, para ser un tipo que no lo había reconocido al llegar, Graff tenía un montón de información sobre él. No conocía su rostro, pero sí sus ideas. La insistencia de Zeck en su fe le estaba causando impresión.

—Si la Escuela de Batalla prohíbe mi religión porque prohíbe todas las religiones, entonces todas las religiones deberían ser prohibidas, señor.

—Lo sé —dijo Graff—. También sé que eres un cretino insufrible.

—Creo que esa observación cuadra en esa máxima de «La responsabilidad del comandante para elevar la moral», ¿es correcto, señor?

—Y esa observación cuadra con el principio de «No saldrás de la Escuela de Batalla siendo un listillo» —respondió Graff.

—Mejor ser un listillo que un cretino insufrible, señor.

—¡Sal de mi despacho!

Una hora más tarde, Flip y Dink fueron convocados, se les dio una reprimenda y se les confiscó el poema.

—¿No va a quitarle los zapatos, señor? —preguntó Dink—. Estoy seguro de que podremos recuperar su inicial cuando haga caquitas. Le volveré a dar forma para que no haya ninguna confusión, señor.

Graff no dijo nada, excepto para enviarlos de vuelta a clase. Sabía que esa noticia circularía por toda la Escuela de Batalla. Pero si no lo hubiera hecho, Zeck se habría asegurado de difundir la noticia de la tolerancia hacia esa «práctica religiosa», y entonces se habría producido un rosario de niños exigiendo poder celebrar sus festividades.

Era inevitable. Los dos inconformistas, Zeck y Dink, que se negaban a cooperar con el programa, estaban condenados a convertirse en aliados. No eran conscientes de que se encontraban en el mismo barco. Pero de hecho lo estaban: estaban tensando deliberadamente el sistema para intentar derrumbarlo.

Bueno, no os lo permitiré, queridos niños genios. Porque a nadie le importa una mierda de rata el día de *Sinterklaas*, ni la no violencia cristiana. Cuando se va a la guerra (que es adonde habéis ido, lo creáis o no, Dink y Zeck) entonces las cosas infantiles se dejan de lado. Ante una amenaza para la supervivencia de la especie, todas esas trivialidades planetarias se olvidan hasta que pasa la crisis.

No ha pasado, y no importa lo que podáis pensar vosotros, pequeños cretinos.

Guerra santa

Dink salió echando chispas del despacho de Graff.

—Si no pueden ver la diferencia entre rezar ocho veces al día y meter un poema en un zapato una vez al año...

—Era un gran poema —dijo Flip—. Era bobo.

—¿No se trataba de eso? Era un gran poema bobo. Me siento mal por no haber escrito uno para ti. —Yo no puse mis zapatos. Flip suspiró.

—Lamento haber hecho eso. Sentía nostalgia de casa. No pensé que nadie fuera a hacer algo al respecto. —Lo siento.

—Los dos lo lamentamos muchísimo —dijo Flip—. Excepto por eso, no lamentamos nada en absoluto.

—No, la verdad es que no —dijo Dink—. De hecho, es divertido meterse en problemas por celebrar el día de *Sinterklaas*. Imagina lo que sucedería si celebráramos la Navidad.

—Bueno —dijo Dink—, todavía nos quedan diecinueve días. —Cierto.

Cuando llegaron a los barracones de la Escuadra Rata, quedó claro que la historia ya era de sobras conocida. Todos guardaron silencio cuando Dink y Flip se detuvieron ante la puerta.

—Estúpidos —dijo Rosen.

—Gracias —respondió Dink—. Viniendo de ti, eso significa mucho.

—¿Desde cuándo os ha dado por la religión? —exigió Rosen—. ¿Por qué os metéis en una especie de guerra santa?

—No era nada religioso —respondió Dink—, era holandés.

—Bueno, capullo, ahora estás en la Escuadra Rata, no en Holanda.

—Dentro de tres meses no estaré en la Escuadra Rata, pero seré holandés hasta que me muera.

—Aquí arriba las naciones no importan —apuntó uno de los demás niños.

—Las religiones tampoco —añadió otro.

—Bueno, está claro que la religión sí que importa —repuso Flip—, o no nos habrían llamado para echarnos la bronca por cortar una tortita en forma de F y escribir un poemita divertido y meterlo en un zapato.

Dink contempló el largo pasillo, que al final tomaba forma de curva en dirección hacia arriba. Zeck, que dormía al fondo del barracón, no podía ni siquiera verse desde la puerta.

—No está aquí —dijo Rosen.

—¿Quién?

—Zeck. Vino y nos dijo lo que había hecho, y luego se marchó.

—¿Alguien sabe adónde va cuando quiere estar solo? —preguntó Dink.

—¿Por qué? —respondió Rosen—. ¿Estás planeando darle una paliza? No puedo permitirlo.

—Quiero hablar con él.

—Oh, *hablar* —dijo Rosen.

—Cuando digo *hablar*, quiero decir hablar.

—Yo no quiero hablar con él —dijo Flip—. Estúpido capullo.

—Sólo quiere largarse de la Escuela de Batalla —dijo Dink.

—Si lo sometiéramos a votación, se marcharía en un segundo —dijo otro de los niños—. Qué desperdicio de espacio.

—Una votación —dijo Flip—. Qué idea tan militar.

—Vete a meter el dedo en un dique —respondió el niño.

—Así que ahora somos antiholandeses —comentó Dink.

—No pueden evitarlo si todavía creen en Santa Claus —dijo un niño americano.

—*Sinterklaas* —añadió Dink— vive en España, no en el Polo Norte. Tiene un amigo que lleva su saco, Black Piet.

—¿Amigo? —inquirió un niño de Sudáfrica—. Black Piet me suena a esclavo.

Rosen suspiró.

—Es un alivio cuando los cristianos luchan entre sí en vez de cargarse a judíos.

Fue entonces cuando Ender Wiggin se unió a la discusión por primera vez.

—¿No se supone que es esto exactamente lo que las reglas pretenden impedir? ¿Qué la gente se pelee por motivos religiosos o de nacionalidad?

—Y sin embargo de todas formas lo hacemos —añadió el niño americano.

—¿No estamos aquí para salvar a la raza humana? —reprendió Dink—. Los humanos tienen razas y nacionalidades. Y costumbres. ¿Por qué no podemos ser también humanos?

Wiggin no contestó.

—No tiene mucho sentido que vivamos como *insectores* —dijo Dink—. Ellos tampoco celebran el día de *Sinterklaas*.

—La condición humana conlleva el hecho de masacrarnos unos a otros de vez en cuando —dijo Wiggin—. Así que, tal vez hasta que derrotemos a los fórmicos, deberíamos intentar no ser demasiado humanos.

—Y los soldados luchan quizá por lo que quieren, y lo que quieren es a sus familias y a sus tradiciones y a su fe y a su nación —respondió Dink—. Las cosas que no nos permiten tener aquí.

—Tal vez luchamos para poder volver a casa y encontrar todas esas cosas allí, esperándonos —dijo Wiggin.

—Tal vez ninguno de nosotros está luchando —comentó Flip—. Puede que no sea real lo que hacemos aquí.

—Te diré lo que es real —dijo Dink—. Anoche fui ayudante de *Sinterklaas*. Entonces sonrió.

—Así que finalmente admites que eres un elfo —observó sonriendo el niño americano.

—¿Cuántos niños holandeses hay en la Escuela de Batalla? —preguntó Dink—. *Sinterklaas* es decididamente el icono cultural de una minoría, ¿no? No como Santa Claus, ¿verdad?

Rosen le dio una patadita a Dink en la espinilla.

—¿Qué piensas que estás haciendo, Dink?

—Santa Claus no es tampoco una figura religiosa. Nadie le reza a Santa Claus. Es una cosa *americana*.

—Y canadiense también —apostilló otro niño.

—Del Canadá anglófono —aclaró otro—. Para algunos de nosotros es Papá Noel.

—*Father Christmas* —dijo un británico.

—¿Veis? No es cristiano, sino *nacional* —comentó Dink—. Una cosa es reprimir la expresión religiosa, pero tratar de ignorar la nacionalidad... La flota entera está llena de lealtades nacionales. No obligan a los almirantes holandeses a fingir que no son holandeses. No lo permitirían.

—No hay ningún almirante holandés —dijo el británico.

No es que Dink dejara que comentarios idiotas como ése le pusieran furioso. No quería pegar a nadie. No quería alzar la voz. Pero, con todo, ahí tenía un claro desafío que no podía pasar por alto. Tenía que hacer algo que no gustaría a otras personas. Aunque sabía que causaría problemas y al final no conseguiría nada, iba a hacerlo, e iba a empezar ahora mismo.

—Pudieron reprimir nuestra fiesta holandesa porque somos muy pocos —dijo Dink—, pero es hora de que insistamos en expresar nuestras culturas nacionales como cualquier otro soldado de la Flota Internacional. Navidad es un día de fiesta para los cristianos, pero Santa Claus es una figura seglar. Nadie reza a San Nicolás.

—Los niños pequeños lo hacen —comentó el americano, a pesar de que estaba riendo.

—Santa Claus, *Father Christmas*, Papá Noel, *Sinterklaas*, puede que al principio fueran una festividad cristiana, pero ahora son nacionales, y la gente sin religión sigue celebrando esa fecha. Es el día para hacer regalos, ¿no? El 25 de diciembre, se sea cristiano creyente o no. Pueden impedir que seamos religiosos, pero no pueden impedir que nos hagamos regalos el día de Santa Claus.

Algunos se reían. Otros pensaban.

—Vas a meterte en un buen lío —dijo uno.

—Sí —respondió Dink. —Pero es lo que hago todo el tiempo.

—Ni lo intentes.

Dink se volvió para ver quién había hablado con tanta furia.

Zeck.

—Creo que ya sabemos dónde estás —apuntó Dink.

—En nombre de Cristo os prohibo que traigáis a Satán a este lugar.

Todas las sonrisas desaparecieron. Todos guardaron silencio.

—¿Sabes, Zeck, que acabas de garantizarme que tendré apoyo para mi pequeño movimiento de Santa Claus? —dijo Dink.

Zeck parecía verdaderamente asustado. Pero no de Dink.

—No atraigáis esa maldición sobre vuestras cabezas.

—No creo en maldiciones, sólo creo en bendiciones —señaló Dink—. Y estoy seguro que no seré maldito por dar regalos a la gente en nombre de Santa Claus.

Zeck miró alrededor y pareció intentar calmarse.

—Las prácticas religiosas están prohibidas para todo el mundo.

—Y sin embargo tú practicas tu religión todo el tiempo —le reprendió Dink—. Cada vez que no disparas tu arma en la Sala de Batalla, lo estás haciendo. Así que si te opones a nuestra pequeña revolución de Santa Claus, cretino, queremos verte entonces disparar con esa arma y eliminar a gente. De lo contrario, serás un maldito hipócrita. Un fraude. Un falsario piadoso. Un mentiroso. —Dink se plantó ante su cara. Tan cerca que algunos chicos se sintieron incómodos.

—Apártate, Dink —murmuró uno de ellos. ¿Quién? Wiggin, naturalmente. Magnífico, era un pacificador. De nuevo Dink sintió un desafío brotando en su interior.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Zeck en voz baja—. ¿Pegarme? Soy tres años más joven que tú.

—No —respondió Dink—. Voy a bendecirte.

Alzó su mano en el aire, por encima de la cabeza de Zeck. Como Dink esperaba, Zeck aguantó allí sin moverse. Zeck destacaba en eso: aceptaba todo lo que la gente tiraba sin intentar siquiera apartarse.

—Yo te bendigo con el espíritu de Santa Claus —dijo Dink—. Te bendigo con compasión y generosidad. Con el irresistible impulso de hacer feliz a otras personas. ¿Y sabes qué más? Te bendigo con la humildad de darte cuenta de que no eres mejor que el resto de nosotros a los ojos de Dios.

—Tú no sabes nada de Dios —dijo Zeck.

—Sé más que tú —contestó Dink—, porque no estoy lleno de odio.

—Ni yo tampoco —apuntó Zeck.

—No —murmuró otro niño—. Estás lleno de mierda.

—Bestial —dijo otro, riendo.

—Yo te bendigo con amor —añadió Dink—. Créeme, Zeck, cuando finalmente lo sientas, será una sorpresa tan grande para ti, que incluso podría matarte. Luego tendrás la capacidad de hablar directamente con Dios y averiguar dónde la cagaste.

Dink volvió a mirar al resto de la Escuadra Rata.

—No sé vosotros, pero yo voy a hacer de Santa Claus este año. Aquí arriba no poseemos nada, así que hacer regalos no es fácil. No se puede conectar con las redes y pedir cosas para que las envíen envueltas para regalo. Pero los regalos no tienen porque ser juguetes y cosas por el estilo. Lo que le regalé a Flip, lo que nos metió en tantos problemas, fue un poema.

—Oh, qué mono —dijo el británico—. ¿Un poema de amor?

Por respuesta, Flip lo recitó. Ruborizándose, por supuesto, porque era una broma a su costa. Pero también encantado, porque la broma era sobre él.

Dink pudo comprobar cómo un montón de ellos pensaban que era guay contar con un líder de batallón que escribía un poema satírico sobre uno de sus soldados. Eso sí que era un regalo.

—Y sólo para demostrar que no estamos celebrando la Navidad —dijo Dink— vamos a hacernos unos a otros los regalos que se nos ocurran, cualquier día de diciembre. Puede ser para celebrar la *Hannukah*. Puede ser... demonios, puede ser por el día de *Sinterklaas*, ¿no? El día todavía es joven.

—Sí, Dink, un regalo nos apetece a todos —entonó el chico jamaicano— y eso de todos modos alegrará nuestros corazones.

—Oh, qué mono —dijo el británico.

—Crazy Tom piensa que todo es mono —comentó el canadiense—, excepto sus propios pies cubiertos de lodo.

La mayoría rio.

—¿Y se supone que eso es un regalo? —dijo Crazy Tom—. *Father Christmas* no está a la altura este año.

—No vendría nada mal disfrutar de un regalo —dijo Wiggin. Y todos rieron de forma discreta. Wiggin continuó—: Más me hace falta recibir una carta.

Sólo unos cuantos se rieron de eso. Entonces todos guardaron silencio.

—Ése es el único regalo que quiero —dijo Wiggin en voz baja—. Una carta de casa. Si me consigues eso, te apoyaré.

—No puedo —dijo Dink, tan serio ahora como Wiggin—. Nos han aislado de todo. Lo mejor que puedo hacer es esto: sabes que en casa tu familia está haciendo las cosas típicas de Santa. Colgando calcetines, ¿no? Eres americano, ¿verdad?

Wiggin asintió.

—Cuelga tu calcetín este año, Wiggin, y te pondrán algo dentro.

—Carbón —dijo Crazy Tom, el británico.

—No sé qué será todavía —murmuró Dink—, pero estará allí.

—Pero no será de ellos —dijo Wiggin.

—No, no lo será —respondió Dink—. Será de Santa Claus. —Sonrió.

Wiggin sacudió la cabeza.

—No lo hagas, Dink. No merece la pena por los problemas que causará.

—¿Qué problemas? Elevará la moral.

—Estamos aquí para estudiar la guerra —recordó Wiggin.

Zeck susurró:

—No estudiéis la guerra nunca más.

—¿Sigues ahí, Zeck? —preguntó Dink, dándole adrede la espalda—. Estamos aquí para construir un ejército, Wiggin. Un grupo de personas que trabajen juntos, como un solo hombre. No únicamente un puñado de crios fastidiados por unos profesores que creen que pueden borrar mil años de historia y cultura humanas dictando unas normas.

Wiggin apartó la mirada y dijo, con tristeza:

—Haz lo que quieras, Dink. —Siempre lo hago.

—El único regalo que Dios respeta —añadió Zeck— es un corazón roto y un espíritu contrito.

Un montón de niños gruñeron, pero Dink le dirigió a Zeck una última mirada.

—¿Y cuándo has estado tú contrito alguna vez? —La contrición es un regalo que hago a Dios, no a ti. Sólo entonces se marchó Zeck, de regreso a su cama, donde la curvatura del barracón lo ocultaba.

Calcetines

La Escuadra Rata era sólo un pequeño porcentaje de la población de la Escuela de Batalla, pero la voz se corrió rápidamente. Las otras escuadras empezaron a interpretarlo como un chiste. Alguien dejaba caer restos de comida en la bandeja de otro, diciendo:

—Aquí tienes, de Santa con amor.

Y todo el mundo en la mesa se reía.

No sólo fueron los regalos, luego siguieron los calcetines. Nadie podía decir quién empezó, pero poco después pareció que todo regalo iba acompañado de un calcetín. Enrollado, oculto dentro de otra cosa, pero siempre en un calcetín. Nadie, por supuesto, colgaba el calcetín con la esperanza de que se lo rellenaran. Sucedió al contrario: los calcetines eran parte del regalo.

Y el receptor del calcetín encontraba un modo de llevarlo, le estuviera bien o no. Colgando de una manga, en un pie, pero disparejo con el otro calcetín. Dentro de un traje refulgente. Asomando de un bolsillo. Sólo durante un día. Llevaban el calcetín y luego lo devolvían. Era a través del calcetín y no de la palabra que los niños verbalizaban su adhesión a la fiesta de Santa Claus. Los calcetines eran necesarios, ¿por qué?, ¿por qué eran los regalos? Unos cuantos de esos regalos consistían en poemas escritos en papel. Algunos eran sobras de comida. Sin embargo, a medida que pasaban los días, más y más regalos se tradujeron en favores: tutorías, tiempo de práctica extra en la Sala de Batalla, una cama que ya estaba hecha cuando alguien volvía de la ducha, enseñar a alguien cómo llegar a un nivel escondido de los videojuegos.

Incluso, cuando no se trataba de un regalo tangible, allí estaba el calcetín para hacerlo real.

Mi padre tenía razón, pensó Zeck. Los padres de estos niños inculcaron en sus corazones la mentira de Santa, y ahora ésta engendraba sus frutos. Mentirosos, todos ellos, dando regalos como homenaje al Padre de las Mentiras. Zeck podía oír la voz de su padre en su memoria: «El responderá a sus oraciones con las cenizas del pecado en sus bocas, con el veneno del ateísmo y la falta de fe en el plasma de su sangre». Esos niños no eran creyentes: no creían en Cristo, ni en Santa Claus. Sabían que serían una mentira. Ni tan sólo eran conscientes de que, cuando hacían un acto de caridad en nombre de Satán, pecaban. Porque el diablo no puede hacer ningún bien.

Zeck trató de ver al coronel Graff, pero un marine lo detuvo en el pasillo.

—¿Tienes cita con el comandante de la Escuela de Batalla?

—No, señor —contestó Zeck.

—Entonces, no importa lo que tengas que decir, coméntaselo a tu consejero. O a alguno de los profesores.

Los profesores no servían para nada. Por entonces, pocos le hablaban. Decían:

—¿Es un problema de álgebra, no? Pregúntale entonces a otro, Zeck.

Las palabras de Cristo hacía tiempo que no eran bienvenidas en ese lugar.

El consejero le escuchó, o al menos permaneció sentado en una habitación con él mientras le hablaba. Pero no llegó a ninguna conclusión.

—Así que lo que me estás diciendo es que los otros estudiantes están siendo amables unos con otros, y tú quieres que se acabe.

—Lo están haciendo en nombre de Santa Claus.

—¿Qué te han hecho exactamente... en nombre de Santa Claus?

—A mí, personalmente, nada, pero...

—¿Así que te quejas porque están siendo amables con los demás y no contigo?

—Porque es en nombre de...

—Santa Claus, ya veo. ¿Crees en Santa Claus, Zeck?

—¿Qué quiere decir?

—Que si crees en Santa Claus. ¿Crees que de verdad hay un tipo alegre y gordo vestido de rojo y que trae regalos?

—No.

—Así que Santa Claus no es parte de tu religión.

—Ése es exactamente mi argumento. Es parte de *su* religión.

—Lo he preguntado y ellos dicen que no es en absoluto un símbolo religioso. Santa Claus es simplemente una figura compartida por muchas culturas de la Tierra.

—Es parte de la Navidad —insistió Zeck.

—Y tú no crees en la Navidad.

—No como la celebra la mayoría de la gente. No.

—¿En qué crees?

—Creo que Jesucristo nació, probablemente no en diciembre, y que creció para convertirse en el Salvador del mundo.

—No en Santa Claus.

—No.

—Así que Santa Claus *no* es parte de la Navidad.

—Pues claro que es parte de la Navidad —dijo Zeck— para la mayoría de la gente.

—Pero para ti no.

Zeck asintió.

—Muy bien, hablaré de esto con mis superiores —dijo el consejero—. ¿Quieres saber qué pienso? Que van a decirme que se trata tan sólo de una moda pasajera, y

que van a dejar que se extinga sola.

—En otras palabras, van a permitirles que sigan haciéndolo mientras quieran.

—Son niños, Zeck, y muchos no son tan tenaces como tú. Perderán interés en el tema y lo dejarán correr. Ten paciencia. La paciencia no va en contra de tu religión, ¿no?

—Me niego a ofenderme con su sarcasmo.

—No estaba siendo sarcástico.

—Puedo ver que usted es también un hijo verdadero del Padre de las Mentiras. Zeck se levantó y marchó.

—Me alegra que no te ofendas —dijo el consejero tras él.

Quedaba claro que no podría recurrir a ninguna autoridad. Al menos, no directamente.

Zeck, en cambio, recurrió a varios de los estudiantes árabes y les señaló que las autoridades estaban permitiendo la práctica de una costumbre cristiana. Recibió la siguiente letanía:

—El islam ha renunciado a la rivalidad entre religiones. Lo que hagan es asunto suyo.

Pero Zeck finalmente consiguió movilizar a un niño paquistaní de la Escuadra Abeja. No es que Ahmed dijera nada positivo. De hecho, parecía completamente desinteresado, incluso hostil. Sin embargo, Zeck supo que había dado en su punto flaco.

—Dicen que Santa Claus no es religioso. Es nacional. ¿Pero en tu país hay alguna diferencia? ¿Es Mahoma...?

Ahmed alzó una mano y apartó la mirada.

—No pronuncies el nombre del profeta.

—No lo estoy comparando con Santa Claus, por supuesto —dijo Zeck. Aunque de hecho Zeck había oído a su padre definir a Mahoma como «la imitación de Satán a manos de un profeta», lo cual hacía que Santa y Mahoma fuesen bastante parecidos.

—Has hablado suficiente —dijo Ahmed—. He terminado contigo.

Zeck sabía que a Ahmed le había ido bastante bien en la Escuela de Batalla. Sus países nativos no tenían poder para insistir en privilegios religiosos, así que a los niños de la Escuela de Batalla se les eximía de la obligación musulmana de rezar. ¿Pero cómo actuaría ahora que los cristianos tenían a su Santa Claus? Pakistán se había formado como país musulmán. No había ninguna distinción entre lo nacional y lo musulmán.

Al parecer Ahmed necesitó dos días para organizarse, sobre todo porque era imposible asegurar en qué momento del horario terrestre se encontraban, y por tanto cuándo había que rezar. Ni siquiera podían averiguar qué hora era en La Meca y guiarse por ese horario.

De modo que Ahmed y otros estudiantes musulmanes decidieron aparentemente rezar durante los momentos en que no estaban en clase, y continuar valiéndose de la exención de rezar para aquellos estudiantes que estuvieran en plena batalla durante las horas de oración.

El resultado fue una demostración de piedad en el desayuno. Al principio pareció que sólo debían cumplir media docena de estudiantes musulmanes, que se postraron y se volvieron (no hacia La Meca, pues resultaba imposible) sino a babor, donde daba al sol.

Pero cuando la oración empezó, otros estudiantes musulmanes tomaron nota y, al principio unos pocos y luego cada vez más, se unieron a la plegaria. Zeck permaneció sentado en su mesa, comiendo sin conversar con sus supuestos camaradas de la Escuadra Rata. Fingió no advertir la situación, pero en realidad estaba encantado. Porque Dink comprendió el significado casi de inmediato. La oración era la respuesta musulmana a su campaña de Santa Claus. Era imposible que el comandante pudiera ignorar ese hecho.

—Tal vez sea una buena idea —le murmuró Dink a Flip, que estaba sentado junto a él. Zeck sabía que no lo era. Los musulmanes habían renunciado al terrorismo hacía muchos años, después de la desastrosa guerra suní-chií, e incluso se habían reconciliado con Israel e instaurado una causa económica común. Pero todo el mundo sabía cuánto resentimiento albergaba todavía el mundo musulmán, donde muchos fieles creían que la Hegemonía los trataba injustamente. Todo el mundo sabía de imanes y ayatolás que proclamaban en voz alta la sustitución de la Hegemonía seglar por un califa que unificara el mundo en adoración a Dios. «Cuando vivamos según la Sharia, Dios nos protegerá de esos monstruos. Cuando Dios nos envía una advertencia, sería conveniente escucharle, y sin embargo hacemos lo contrario. Dios no nos protegerá cuando nos rebelamos contra él».

Era un lenguaje que Zeck podía entender. Aparte de sus delirios religiosos, tenían el valor de la fe. No tenían miedo de hablar en voz alta. Y contaban con suficientes fieles como para obligar a la gente a escucharles. Serían atendidos incluso por aquellos que hacía tiempo que habían dejado de fingir que escuchaban a Zeck.

La siguiente hora de oración fue al final del almuerzo. Los musulmanes habían hecho correr la voz y todos los que pretendían rezar se reunieron en el comedor. Zeck estaba informado de que había sucedido lo mismo en el comedor de los comandantes durante el almuerzo, y sin embargo la mayoría de esos comandantes musulmanes se habían desplazado al comedor principal para unirse a sus soldados en oración.

El coronel Graff llegó poco antes de la hora anunciada para el rezo.

—La práctica religiosa en la Escuela de Batalla está prohibida —señaló en voz alta—. Se ha eximido a los musulmanes del requerimiento de las oraciones diarias, de modo que todo estudiante musulmán que insista en mostrar públicamente rituales

religiosos será castigado. Todos los comandantes o líderes de batallón que tomen parte en ese ritual perderán inmediata y permanentemente su rango.

Graff ya se había vuelto para marcharse cuando Ahmed exclamó:

—¿Qué hay de Santa Claus?

—Por lo que sé —respondió Graff—, no hay ningún ritual religioso asociado a Santa Claus, y no se le ha visto por la Escuela de Batalla.

—¡Doble moral! —gritó Ahmed, y varios más le imitaron.

Graff les ignoró y salió del comedor.

La puerta no se había cerrado del todo cuando dos docenas de marines entraron y se situaron alrededor de la sala.

Cuando llegó el momento de la oración, Ahmed y otros niños se postraron. Los marines corrieron a por ellos, les obligaron a ponerse en pie y los esposaron. El teniente de los marines se volvió hacia la sala.

—¿Alguien más?

Un soldado se arrodilló para rezar. También fue esposado. Nadie más los desafió. Cinco musulmanes fueron sacados de la sala sin brusquedades pero tampoco con galanterías.

Zeck devolvió su atención a la comida.

—Esto te hace feliz, ¿eh? —susurró Dink.

Zeck le miró sin expresión.

—Tú has provocado esto —argumentó Dink en voz baja.

—Soy cristiano. No digo a los musulmanes cuándo tienen que rezar.

Zeck lamentó haber hablado en cuanto terminó de hacerlo. Tendría que haber guardado silencio.

—Yo no miento —dijo Zeck.

—Estoy seguro que tus palabras fueron del todo ciertas. Nuestros amigos musulmanes no te consultaron su horario. Pero, como respuesta a mi acusación de que estás detrás de esto, has pronunciado una mentira obvia y patética. Una evasiva. Si no tuvieras ninguna relación con los hechos, no habrías necesitado recurrir a evasivas. Has respondido como una persona que tiene algo que ocultar.

Esta vez Zeck no dijo nada.

—Crees que esto ayudará a salir de la Escuela de Batalla. Tal vez incluso pienses que perturbará la Escuela de Batalla y dañará los esfuerzos bélicos... lo cual te convierte en un traidor, según cómo se mire, o en un héroe del cristianismo. Pero no detendrás esta guerra y, a la larga, no perjudicarás a la Escuela de Batalla. ¿Quieres saber lo que has conseguido realmente? Algún día esta guerra terminará. Si la ganamos, entonces todos regresaremos a casa. Los niños de esta escuela son las mentes militares más brillantes de nuestra generación. Dirigirán los asuntos de cualquier país. Ahmed... algún día *será* Paquistán. Y acabas de garantizar que odiará

la idea de intentar vivir en paz con quienes no sean musulmanes. En otras palabras, acabas de poner las semillas de una guerra que estallará dentro de treinta o cuarenta años.

—O diez —apuntó Wiggin.

—Ahmed seguirá siendo muy joven dentro de diez años —dijo Flip, riendo discretamente.

Zeck no había pensado que esa situación pudiera devolverle a la Tierra. ¿Pero qué sabía Dink? No podía predecir el futuro.

—Yo no fui quien empezó a promocionar a Santa Claus —dijo Zeck, mirando a Dink a los ojos.

—No, denunciaste una broma privada entre dos niños holandeses y la convertiste en algo importante —sentenció Dink.

—Tú la convertiste en algo grande —añadió Zeck—. Tú la convertiste en una causa. Tú.

Zeck esperó.

Dink suspiró.

—Sí. Yo lo hice.

Se levantó de la mesa.

Lo mismo hicieron todos los demás. Zeck también empezó a incorporarse.

Dos manos sobre los hombros lo retuvieron en su sitio. Manos de dos niños distintos de la Escuadra Rata. No fueron duros, sólo firmes. Quédate aquí un rato. No eres uno de los nuestros. No vengas con nosotros.

Paz

El asunto de Santa Claus terminó. Dink sabía que ya no lo controlaba: se le había ido de las manos. Pero cuando los niños musulmanes fueron detenidos en el comedor, dejó de ser un juego. Dejó de ser un modo de retorcer la nariz de la autoridad. Las consecuencias eran graves y, como Zeck había señalado, era más por culpa de Dink que de nadie más.

Así que Dink rogó a todos sus amigos que pusieran fin al asunto de los calcetines. Que dejaran de hacer regalos relacionados con la festividad de Santa Claus.

Y, un día después, se acabó.

Dink creyó que eso supondría el final de ese incidente.

Pero no ocurrió así, por culpa de Zeck.

Zeck no hizo nada, por supuesto. Era de determinada manera, y no había cambiado su conducta. No hacía nada en las prácticas excepto revolotear, y en las batallas se limitaba a ocupar un espacio. Pero asistía a clase, hacía sus tareas y entregaba los trabajos.

Y todo el mundo lo ignoraba. Siempre lo habían hecho, pero no de esa forma.

Antes lo habían ignorado de un modo tolerante, casi respetuoso y a regañadientes: era un idiota, pero al menos era consistente.

Ahora lo ignoraban del todo. Ni siquiera se molestaban en burlarse de él o en acosarlo. Simplemente, no existía. Si trataba de hablar con alguien, se daba la vuelta. Dink lo percibía y le hacía sentirse mal. Pero Zeck se lo había buscado. Una cosa es ser un solitario porque uno se siente distinto, la otra es meter al personal en un problema por culpa de tus propios caprichos egoístas. Y eso era lo que había hecho Zeck. No le importaba la regla que prohibía las religiones: él mismo la violaba a todas horas. Sólo utilizó el regalo de *Sinterklaas* de Dink a Flip como medio para salirse con la suya con el comandante.

Y yo también fui muy infantil, pensó Dink. Supe cuándo parar. El no.

No es culpa mía.

Y sin embargo Dink no podía dejar de observarlo. Sólo miradas. Sólo... fijarse en él. Había leído un poco sobre la conducta de los primates, como parte de la teoría de las lealtades de grupo. Sabía cómo se comportaban los chimpancés y los babuinos que vivían apartados del resto de la tropa. Depresión. Autodestrucción. Antes, Zeck parecía sobrevivir aislado; ahora, cuando el aislamiento era completo, ya no sobrevivía.

Parecía consumido. Empezaba a andar en una dirección y de pronto se paraba.

Luego se ponía en marcha, pero muy despacio. No comía mucho. Las cosas no le iban bien.

Y si había algo que Dink conocía, era el hecho de que los consejeros y profesores no valían un cubo de mierda de cerdo cuando se trataba de ayudar a un niño con graves problemas. Tenían sus propios planes, es decir, lo que convenía que hiciera cada niño. Pero, en caso de tener claro que el niño en cuestión no iba a responder a sus planes, perdían interés en él, como lo habían perdido en Dink. Aunque Zeck pidiera ayuda, no se la darían. Y Zeck no se la iba a pedir.

A pesar de saber lo inútil que era, Dink lo intentó de todas formas. Fue a ver a Graff y trató de contarle lo que le estaba pasando a Zeck.

—Interesante teoría —dijo Graff—. Crees que está siendo ignorado.

—Lo sé.

—¿Pero tú no lo ignoras?

—He intentado hablar con él un par de veces, pero me ignora.

—Así que él te rechaza.

—Pero todos los demás le ignoran.

—Dink —dijo Graff—, ego te absolvo.

—Por mucho que lo crea, eso no es holandés.

—Es latín. De la confesión católica. Te absuelvo de tu pecado.

—No soy católico.

—No soy cura.

—No tiene usted el poder de absolver nada de nadie.

—Pero mereció la pena intentarlo. Regresa a tu barracón, Dink. Lo que le ocurra a Zeck no es problema tuyo.

—¿Por qué no lo envían de vuelta a casa? —preguntó Dink—. Nunca va a llegar a nada en este ejército. Es cristiano, no soldado. ¿Por qué no pueden dejar que regrese a casa y sea un cristiano?

Graff se acomodó en su sillón.

—Muy bien, sé lo que me va a decir —dijo Dink—. ¿Ah, sí?

—Lo mismo que dice todo el mundo. Si le dejo irse, entonces tendré que dejar que lo hagan también todos los demás.

—¿De verdad?

—Si la disconformidad de Zeck, o lo que sea, lo envía de vuelta a casa, entonces muy pronto habrá un montón de niños más que se mostrarán disconformes. Para poder marchar también a casa.

—¿Tú serías uno de esos? —preguntó Graff.

—Creo que su escuela es una pérdida de tiempo —dijo Dink—. Pero yo creo en la guerra. No soy pacifista, sólo soy contrario a la incompetencia.

—Pero verás, yo no iba a dar ese argumento —dijo Graff—, porque ya conozco la

respuesta. Si la única manera de que un niño regresase a casa fuera la de actuar como Zeck, y ser tratado como él, no habría un solo niño en esta escuela que lo hiciera.

—Eso no lo sabe.

—Lo sé —respondió Graff—. Recuerda que todos fuisteis evaluados y observados. No sólo respecto a la lógica, la memoria, las relaciones espaciales y la habilidad verbal, sino también sobre vuestros atributos de personalidad, la toma de decisiones rápidas, la habilidad para captar la totalidad de una situación, la habilidad para llevarse bien con otras personas.

—Entonces, ¿cómo demonios llegó aquí Zeck clasificado en primer lugar?

—Zeck es brillante llevándose bien con sus compañeros —respondió Graff—. Cuando quiere.

Dink no le creyó.

—Zeck puede incluso tratar con sociópatas megalómanos e impedir que hagan daño a otra gente. Es un pacificador nato en una comunidad humana, Dink. Es su mejor don.

—Eso es una chorrada. Todo el mundo lo odió desde el principio.

—Porque él lo quiso. Ahora mismo está justamente consiguiendo lo que quiere. Incluyendo que vengas aquí a hablar conmigo. Todo sucede exactamente tal como quiere.

—No le creo.

—Eso es porque no sabes lo que estaba decidiendo contarte.

—Entonces, cuéntemelo.

—No —dijo Graff—. La parte de mí que abogaba por la discreción ha ganado, y no te lo contaré.

Dink ignoró la ofuscación. Graff quería que suplicara. En cambio, Dink pensó en lo que el comandante había dicho sobre las habilidades de Zeck. ¿Había estado Zeck utilizándole de algún modo? ¿A él y a todos los demás?

—¿Por qué? —preguntó Dink—. ¿Por qué alienaría deliberadamente a todo el mundo?

—Porque nadie lo odiaba lo suficiente —respondió Graff—. Necesitaba ser odiado para que renunciáramos a él y lo enviáramos a casa.

—Creo que interpreta más planes de los que en realidad tiene —observó Dink—. No sabía lo que iba a pasar.

—No he dicho que su plan fuera consciente, sólo quiere regresar a casa. Cree que *tiene* que volver a casa.

—¿Por qué?

—No puedo decírtelo.

—¿Por qué no?

—Porque no puedo confiar en ti.

—Si le prometo que no lo contaré es que no lo contaré.

—Oh, sé que puedes ser discreto, lo que sucede es que no creo que pueda confiar en que hagas el trabajo que hay que hacer.

—¿Y en qué consiste ese trabajo?

—En curar a Zeck Morgan.

—Lo intenté y no me dejó acercarme a él.

—Lo sé —dijo Graff—. Así que lo que tú quieres saber, se lo voy a decir a otro. Alguien que también es discreto. Alguien *que puede* curarlo.

Dink pensó un momento.

—Ender Wiggin.

—¿Es ése tu candidato? —preguntó Graff.

—No —respondió Dink—, es el suyo. Usted cree que puede hacer cualquier cosa. Graff sonrió al estilo de Mona Lisa, si ésta hubiese sido un coronel rechoncho.

—Espero que pueda —comentó Dink—. ¿Quiere que se lo envíe?

—Te apuesto a que Ender no me necesita.

—Sabrá qué hacer sin que se lo digan.

—Actuará como Ender Wiggin y, durante el proceso, descubrirá lo que necesita saber sobre el propio Zeck.

—Wiggin tampoco habla con Zeck.

—Quieres decir que no lo has *visto* hablar con Zeck.

Dink asintió.

—Vale. Eso es lo que quiero decir.

—Dale tiempo —respondió Graff.

Dink se levantó de la silla.

—No le he mandado retirarse, soldado.

Dink se detuvo y saludó.

—Le pido permiso para dejar su despacho y regresar a mi barracón para continuar sintiéndome como una completa mierda, señor.

—Denegado —respondió Graff—. Oh, puedes sentirte como quieras, no es asunto mío, pero tu esfuerzo a favor de Zeck ha sido debidamente advertido.

—No he venido aquí para recibir ningún elogio.

—Y no estás recibiendo ninguno. Todo lo que estás escuchando es la buena opinión que tengo sobre tu carácter. No se gana fácilmente, pero una vez conseguida, una buena impresión mía es difícil de perder. Es una carga que tendrás que llevar contigo durante algún tiempo. Aprende a vivir con ella. Ahora, sal de aquí, soldado.

Wiggin

Zeck se encontro con Wiggin en uno de los ascensores. No era un ascensor que usaran mucho los estudiantes: estaba apartado de las rutas normales de tráfico y, principalmente, sólo lo utilizaban los profesores, cuando llegaban a utilizarlo. Zeck lo usaba precisamente por ese motivo. Podía esperar a los ascensores más ocupados durante mucho rato, pero de algún modo nunca llegaba a la primera fila de la cola hasta que todos los demás ya se habían ido. Normalmente, eso no le importaba, pero, a la hora de comer, cuando todo el mundo se dirigía al mismo destino, significaba la diferencia entre una comida caliente con un amplio menú y una comida fría y escasa.

Y allí estaba Wiggin, sentado de espaldas a la pared, agarrándose la pierna izquierda con tanta fuerza que apoyaba la cabeza en la rodilla. Obviamente, estaba dolorido.

Zeck casi pasó de largo. ¿Qué le debía a esa gente?

Entonces recordó al samaritano que se paró a atender al hombre herido, y al sacerdote y el levita que no lo hicieron.

—¿Algo va mal? —preguntó Zeck.

—Estaba pensando en otra cosa y no miré dónde pisaba —contestó Wiggin con los dientes apretados.

—¿Algún cardenal? ¿Te has hecho sangre?

—Un esguince de tobillo.

—¿Está hinchado?

—No lo sé todavía —respondió Wiggin—. Cuando lo muevo, me duele.

—Extiende la otra pierna para que pueda comparar los tobillos.

Wiggin así lo hizo. Zeck le quitó los zapatos y los calcetines, a pesar de que Wiggin dio un respingo cuando le movió el pie izquierdo. Los tobillos descalzos parecían exactamente iguales.

—No parece hinchado.

—Bien —dijo Wiggin—. Entonces supongo que estoy bien.

Extendió la mano, agarró el antebrazo de Zeck y empezó a levantarse.

—No soy una barra de bombero —protestó Zeck—. Déjame que te ayude a levantarte en vez de agarrarme el brazo.

—Claro, lo siento.

En un momento Wiggin estuvo de pie, aunque dio un significativo respingo cuando trató de apoyarse en el pie lesionado.

—Ay, ay, ay —jadeó parodiando a un bebé sufriente. Y dirigió una sonrisa a Zeck

—. Gracias.

—No hay de qué —contestó Zeck—. ¿De qué asunto querías hablarme?

Wiggin sonrió un poco más.

—No lo sé —dijo. No intentó negar que todo eso lo había estado preparando para tener una oportunidad de hablar con él—. Sólo sé que, sea cual sea tu plan, no está funcionando demasiado bien o no está funcionando para nada.

—No tengo ningún plan —respondió Zeck—. Sólo quiero irme a casa.

—Todos queremos regresar a casa —dijo Wiggin—. Pero también queremos otras cosas. Honor. Victoria. Salvar al mundo. Demostrar que podemos hacer algo difícil. A ti no te preocupa nada excepto salir de aquí, no importa a qué precio.

—Así es.

—Pero ¿por qué? Y no me digas aquello de que sientes nostalgia de casa. Todos lloramos por papá y mamá durante las primeras noches que pasamos aquí, y pasado un tiempo dejamos de hacerlo. Si hay alguien en este lugar lo bastante duro para superar un poco la añoranza, ése eres tú.

—¿Así que ahora eres mi consejero? Pues olvídalo, Wiggin.

—¿De qué tienes miedo?

—De nada.

—Chorradas —dijo Wiggin.

—Ahora se supone que he de abrirte mi corazón, ¿no es eso? Porque has preguntado de qué tengo miedo, y eso me demuestra lo listo que eres. Y yo te cuento todos mis temores más profundos, y tú me haces sentirme mejor, y luego somos amigos para toda la vida y decido convertirme en un buen soldado para complacerte.

—No comes —dijo Wiggin—. Los humanos no pueden vivir tan aislados como tú. Creo que vas a morir. Si tu cuerpo no muere, lo hará tu alma.

—Perdóname por recalcar lo obvio, pero tú no crees en el alma.

—Perdóname por recalcar lo obvio, pero tú no sabes una mierda en lo que yo creo. Mis padres también son religiosos.

—Tener padres religiosos no es sinónimo de creer en algo.

—Pero aquí nadie es religioso sin padres religiosos —dijo Wiggin—. Vamos, ¿qué edad teníamos cuando nos trajeron? ¿Seis años? ¿Siete?

—He oído que tú tenías cinco.

—Y ahora somos mucho más mayores. ¿Tienes ocho años ya?

—Casi nueve.

—Pero somos tan *maduros*.

—Nos escogieron porque tenemos una edad mental muy superior a la media.

—Yo tengo padres religiosos —dijo Wiggin—. Desgraciadamente, no de la misma religión, lo que causó un pequeño conflicto. Por ejemplo, mi madre no cree en el bautismo infantil y mi padre sí, así que mi padre cree que estoy bautizado y mi

madre no.

Zeck dio un respingo ante la idea.

—No puedes tener un matrimonio fuerte cuando los padres no comparten la misma fe.

—Bueno, mis padres lo hacen lo mejor que pueden —observó Wiggin—. Y apuesto a que tus padres no están siempre de acuerdo en todo.

Zeck se volvió.

—Eso no es asunto tuyo.

—Apuesto a que tu madre se alegró de que te fueras al espacio, para librarte de tu padre. En eso están en desacuerdo.

Zeck volvió a mirarle, ahora furioso.

—¿Qué te han dicho esos cretinos de mí? No tienen ningún derecho a difundir mis intimidades.

—Nadie me ha dicho nada —contestó Wiggin—. Eres tú, mendrugo. Cuando la gente todavía hablaba contigo, cuando llegaste a la Escuadra Rata, tu padre era siempre esto y aquello.

—Tú mismo acababas de unirme a las Ratas.

—La gente habla fuera de sus escuadras —dijo Wiggin—. Y yo escucho. Siempre mencionando a tu padre. Como si fuera una especie de profeta. Y yo pensé, apuesto a que su madre se alegra de que ya no esté bajo la influencia de su padre.

—Mi madre quiere que respete a mi padre.

—Pero no quiere que vivas con él. Te pegaba, ¿verdad?

Zeck empujó a Wiggin. Antes de darse cuenta, allí estaba su mano apartando al otro niño.

—Vamos —dijo Wiggin—. Te duchas. La gente ve las cicatrices. Incluso yo he visto esas cicatrices.

—Era purificación. Es imposible que un pagano como tú entienda eso.

—¿Purificación de qué? —preguntó Wiggin—. ¿Eras el hijo perfecto?

—Graff te ha estado informando de lo que ha observado sobre mí, ¿verdad? ¡Eso es ilegal!

—Vamos, Zeck, te conozco. Si decides que algo está bien, lo haces. No importa lo que te cueste. Crees en tu padre. Lo que él diga, tú lo haces ¿Qué has hecho mal para que necesites toda esa purificación?

Zeck no contestó. Se cerró en banda. Se negó a escucharle. Dejó que su mente se dirigiera a otro lugar, al sitio donde siempre iba cuando su padre lo purificaba. Así no gritaría. Así no sentiría nada en absoluto.

—Ahí está —dijo Wiggin—, el Zeck en que te convertió tu padre. El Zeck que no está aquí. Que ni siquiera existe. Zeck le oyó sin escucharle.

—Y por eso tienes que volver a casa —dijo Wiggin—. Porque si tú no estás allí,

él tendrá que buscar a otro para purificarlo, ¿no? ¿Tienes un hermano?, ¿una hermana?, ¿algún otro niño de la congregación? Oh... oh, ya sé. Se trata de tu madre, ¿no? ¿Crees que tratará de purificar a tu madre?

Zeck hacía oídos sordos a todo lo que Wiggin decía, pero algo debió calar, porque ahora, siguiendo las indicaciones de Wiggin, empezó a pensar en su madre. Y no sólo en una imagen suya, en su madre diciéndole:

—Satán no otorga buenos dones, así que tu buen don viene de Dios.

Y entonces su padre añadía:

—Hay quienes dicen que una cosa procede de Dios, cuando en realidad viene del diablo.

Zeck le había preguntado por qué.

—Los engaña su propio deseo —le constataba su padre—. Desearían que el mundo fuera un lugar mejor, de modo que defienden que las cosas manchadas son puras, para no tener que temerlas.

No podía permitir que su padre supiera lo que había dicho su madre, porque era impuro. No puedo permitir que mi padre lo sepa.

Si azota a mi madre lo mataré.

El pensamiento lo asaltó con tanta fuerza que Zeck jadeó y se desmoronó contra la pared.

Si azota a mi madre lo mataré.

Wiggin todavía seguía allí, hablando.

—Zeck, ¿qué ocurre?

Wiggin lo tocó. Tocó su brazo, el antebrazo.

Zeck no pudo evitarlo: retiró el brazo, pero con eso no fue suficiente. Reaccionó con la pierna izquierda y le dio a Wiggin una patada en la espinilla. Más tarde lo empujó hacia atrás. Wiggin cayó contra la pared, y luego al suelo. Parecía indefenso. Zeck estaba tan lleno de ira hacia él que no podía contenerla. Fue por todas las semanas de aislamiento, por todo el miedo que sentía por su madre. Ella en realidad no era pura. Debería odiarla por eso, pero la amaba. Eso le hacía malvado. Eso le hacía merecer toda la purificación a la que su padre le sometía, porque amaba a una persona tan impura como su madre.

Y, por algún motivo, con toda esa ira y ese miedo encima, Zeck se lanzó contra Wiggin y lo golpeó en el pecho y el estómago.

—¡Basta! —gritó Wiggin, tratando de librarse de él—. ¿Qué crees que estás haciendo, *purificarme*?

Zeck se detuvo y se miró las manos. Miró el cuerpo tendido de Wiggin. Su propia indefensión, su posición fetal, como la de un gusano, le enfureció. Sabía por las clases lo que significaba esa reacción violenta. Significaba ansia de sangre. Era la fiebre animal que se apoderaba de un soldado y lo hacía fuerte más allá de sus

posibilidades.

Era lo que su padre debía sentir al purificarlo. El cuerpo más pequeño, indefenso, sometido por completo a su voluntad, llenaba a cierto tipo de hombre de una ira que tenía que descargar sobre su presa. Tenía que infligir dolor, romper la piel, hacer sangre y causar lágrimas y gritos en la víctima.

Se trataba de algo oscuro y maligno. Si algo procedía de Satán, era *eso*.

—Creí que eras pacifista —dijo Wiggin en voz baja.

Zeck pudo oír a su padre hablando sobre la paz, sobre cómo los siervos de Dios no iban a la guerra.

—Convertid vuestras espadas en arados —murmuró Zeck, repitiendo las palabras de su padre donde citaba a Miqueas e Isaías, como hacía todo el tiempo.

—Citas bíblicas —dijo Wiggin, estirándose. Quedó tendido en el suelo, a merced de cualquier golpe que Zeck quisiera volver a propinarle. Pero la ira se iba disipando. Zeck no quería golpearlo. O más bien, quería golpearlo, pero no más de lo que deseaba no hacerlo.

—Prueba con ésta —dijo Wiggin—. No creáis que he venido a traer la paz a la tierra: no he venido a traer la paz, sino la espada.

—No discutas las escrituras conmigo —refunfuñó Zeck—. Las conozco todas.

—Pero sólo crees en las que le gustaban a tu padre. ¿Por qué piensas que tu padre citaba siempre las de odiar la guerra y rechazar la violencia cuando te pegaba como lo hacía? Parece que intentaba librarse de lo que encontraba en su propio corazón.

—No conoces a mi padre. —Zeck susurró las palabras, la garganta tensa. Podía golpear de nuevo a ese niño. Podía. Pero no lo haría. Al menos no lo haría si el niño se callaba.

—Sé lo que acabo de ver —dijo Wiggin—. Esa furia. No controlabas tus puñetazos. Dolía.

—Lo siento —dijo Zeck—, pero ahora cállate, por favor.

—Oh, que doliera no significa que te tenga miedo. ¿Sabes uno de los motivos por los que me alegré de marcharme de casa? Porque mi hermano amenazó con matarme y, aunque sé que probablemente no lo decía en serio, mis tripas no lo sabían. Se me revolvían todo el rato. De miedo. Porque a mi hermano le gustaba hacerme daño. No creo que ocurriera lo mismo con tu padre. Creo que tu padre *odiaba* lo que te hacía. Y por eso predicaba la paz.

—Predicaba la paz porque eso es lo que Cristo predicó —respondió Zeck. Quiso decirlo con fervor e intensidad, pero las palabras parecieron débiles.

—El Señor es mi fortaleza y mi cántico —citó Wiggin—. Y ha sido mi salvación.

—Éxodo quince —añadió Zeck—. Moisés. Antiguo Testamento. No sirve.

—Es mi Dios, y le prepararé una morada. Dios es mi padre, y lo enalteceré.

—¿Por qué citas la versión del Rey Jaime? —preguntó Zeck—. ¿Aprendiste esas

escrituras sólo para discutir conmigo?

—Sí —contestó Wiggin—. Ya conoces el siguiente versículo.

—El Señor es varón de guerra. Jehová es su nombre.

—La versión del Rey Jaime sólo dice «El Señor» —observó Wiggin.

—Pero es lo que pasa con la Biblia cuando usan esa letra tan pequeña. Así evitan escribir el nombre de Dios.

—El Señor es varón de guerra —dijo Wiggin—. Pero si tu padre citó eso, entonces no tendría motivos para intentar controlar esa ansia de sangre. Esa furia maníaca. Podría haberte matado. Así que es realmente bueno, ¿no?, que ignorara a Jesús y Moisés al hablar de cómo Dios es guerra y paz. Porque te amaba tanto que habría levantado media religión como un muro para impedir matarte.

—Deja en paz a mi familia —susurró Zeck.

—Él te amaba —apuntó Wiggin—, pero tú hacías bien en tenerle miedo.

—No me obligues a hacerte daño.

—No me preocupas, eres el doble de hombre de lo que es tu padre. Ahora que has visto la violencia en tu interior, puedes controlarla. No me golpearás por decir la verdad.

—Nada de lo que has dicho es verdad.

—Zeck, «Sería mejor que le colgaran al cuello una rueda de molino y lo lanzaran al mar, antes que ofender a uno de estos pequeños». ¿Lo citaba tu padre muy a menudo?

Quería matar a Wiggin. También quería llorar. No lo hizo tampoco.

—Lo citaba todo el tiempo.

—Y luego te cogía y te hacía todas esas marcas en la espalda.

—Yo no era puro.

—No, *él* no era puro. *Él*.

—¡Algunas personas se esfuerzan tanto en buscar a Satán, que lo ven incluso cuando no está! —exclamó Zeck.

—No recuerdo eso de la Biblia.

No estaba en la Biblia. Eran palabras de su madre. No podía decirlo.

—No estoy seguro de lo que estás diciendo —continuó Wiggin—. ¿Encuentro a Satán donde no está? No lo creo. Creo que un hombre que golpea a un niño pequeño y luego le echa la culpa al niño es exactamente del lugar donde vive Satán.

Tenía cada vez más ganas de llorar. Zeck apenas pudo pronunciar palabra.

—Tengo que volver a casa.

—¿Para hacer qué? —preguntó Wiggin—. ¿Para interponerte entre tu padre y tu madre hasta que él finalmente pierda el control y te mate?

—¡Si es necesario!

—¿Sabes cuál es mi mayor temor? —indagó Wiggin.

—No me importan tus temores.

—Que, por mucho que odie a mi hermano, temo ser igual que él.

—Yo no odio a mi padre.

—Estás aterrizado, o deberías estarlo. Creo que lo que piensas hacer cuando vuelvas es matar a ese viejo hijo de puta.

—¡No! —gritó Zeck. La furia volvió a inundarlo, y no pudo impedir asestar un golpe, pero esta vez al menos contra la pared y la puerta, no contra Wiggin. Así que sólo se lastimó las manos, los brazos y los codos.

—Si le pone a tu madre una mano encima —argumentó Wiggin.

—¡Lo mataré!

Entonces Zeck se lanzó hacia atrás, se arrojó al suelo y lo golpeó y siguió golpeándolo hasta que la piel de la palma de su mano izquierda se quebró y empezó a sangrar. E incluso entonces, sólo pudo detenerse porque Wiggin lo agarró por la muñeca. La sostuvo y luego le puso algo en la palma y le cerró el puño a su alrededor.

—Ya has sangrado lo suficiente —dijo Wiggin—. Al menos en mi opinión.

—No lo cuentes —susurró Zeck—. No se lo cuentes a nadie.

—No has hecho nada malo, excepto intentar ir a casa a proteger a tu madre. Porque sabes que tu padre está loco y es peligroso.

—Igual que yo.

—No —dijo Wiggin—. Lo contrario de ti. Porque tú te controlaste. Te impediste pegar a un niño pequeño. Aunque él te provocó deliberadamente. Tu padre no podía impedir pegarte... aunque tú no hicieras absolutamente nada malo. No sois iguales.

—La furia —dijo Zeck.

—Una de las virtudes del soldado —dijo Wiggin—. Empléala contra los insectores en vez de contra ti mismo o tu padre. Y sobre todo en vez de contra mí.

—No creo en la guerra.

—No hay muchos soldados que lo hagan —dijo Wiggin—. Podrían matarte en la guerra. Pero uno se entrena para luchar bien, para que cuando venga la guerra pueda ganar, regresar a casa y encontrar a todo el mundo a salvo.

—No hay nada a salvo en casa.

—Apuesto a que en casa las cosas están bien —dijo Wiggin—. Porque, verás, como tú no estás allí, tu madre no tiene ningún motivo para estar con tu padre, ¿no? Así que creo que ella no va a soportar más mierdas tuyas. ¿No crees? No puede ser débil. Si fuera débil, nunca habría producido a alguien tan duro como tú. No puedes haber heredado la dureza de tu padre: no tiene mucha, si no es capaz de controlarse. De modo que tu dureza viene de ella, ¿no? Ella lo dejará si le levanta la mano. No tiene que quedarse para seguir cuidando de ti.

Fue tanto el tono de voz de Wiggin como sus palabras lo que lo calmaron. Zeck

se controló, rodó y se sentó en el suelo.

—Sigo esperando a que llegue algún profesor para preguntar qué está pasando aquí.

—No lo creo —dijo Wiggin—. Creo que saben exactamente lo que está sucediendo: probablemente lo estarán viendo en holo en alguna parte. Y tal vez estarán impidiendo que otros niños pasen por aquí. Van a dejar que resolvamos este asunto por nuestra cuenta.

—¿Resolver qué? —dijo Zeck—. No tengo nada contra ti.

—Tenías una disputa con todos los que interferían en tu deseo de regresar a casa.

—Sigo odiando este lugar. Quiero salir de aquí.

—Bienvenido al club —dijo Wiggin—. Mira, nos vamos a perder el almuerzo. Tú puedes hacer lo que quieras, pero yo me voy a comer.

—¿Sigues planeando cojear con ese tobillo izquierdo?

—Sí, después de la patada que me has dado, no tendré que fingir.

—¿El pecho está bien? No te he roto ninguna costilla, ¿verdad?

—Desde luego estás muy orgulloso de tu propia fuerza —contestó Wiggin.

Entonces entró en el ascensor y se agarró a la barra mientras subía.

Zeck se quedó allí un rato, mirando a la nada, pensando en lo que acababa de suceder. No estaba seguro de haber decidido nada. Zeck seguía odiando la Escuela de Batalla, y todo el mundo en la Escuela de Batalla lo odiaba. Y ahora odiaba a su padre y no creía en su falso pacifismo. Wiggin le había convencido de que su padre no era ningún profeta. Demonios, Zeck lo había sabido todo el tiempo. Pero creer en la espiritualidad de su padre era la única forma de impedir odiarlo y temerlo. La única forma de soportarlo. Ya no tenía que seguir soportándolo. Wiggin tenía razón: ahora que no tenía que cuidar de Zeck, su madre era libre.

Abrió el puño y vio lo que Wiggin le había puesto para contener la hemorragia. Uno de sus calcetines cubierto de sangre.

Gracia

Dink vio cómo andaba Wiggin con su bandeja de comida y supo que algo iba mal. Y no era sólo que su bandeja estuviera doblemente cargada. ¿A quién le llevaba la comida? No importaba: lo que importaba era que Wiggin estaba dolorido. Dink acercó su silla.

—¿Qué ha pasado? —preguntó en cuanto Wiggin se sentó.

—Traje el almuerzo para Zeck.

—Quiero decir qué te ha pasado a ti.

—¿Pasarme a mí? —La voz de Wiggin era del todo inocente, pero sus ojos, taladrando los de Dink, le conminaban a retirarse.

—Como prefieras —dijo Dink—. Guárdate la caspa para ti. Para lo que me importa.

La conversación en la mesa los distrajo. Dink participó de vez en cuando, pero advirtió que Wiggin sólo comía, y que se preocupaba de su respiración. Algo le había lesionado el pecho. ¿Una costilla rota? No, más bien un moratón. Y cuando caminaba no se apoyaba del todo en una pierna. Trataba de no mostrarlo, pero lo hacía de todas formas. Y estaba guardándole el almuerzo a Zeck. Se habían peleado. ¿El pacifista y el genio? ¿Peleándose? Eso era una estupidez. ¿Pero qué más podía ser? ¿Quién sino un pacifista atacaría a alguien tan pequeño como Wiggin?

Cuando Zeck llegó, la mitad de los soldados se habían levantado de la mesa. La cola para recoger la comida había cerrado, pero Wiggin le vio y lo llamó. Sin embargo, fue lento al levantar la mano para llamarle, pues le dolía el pecho y, en general, todo el cuerpo.

Zeck se acercó.

—Te traje el almuerzo —dijo Wiggin, levantándose de la silla para que Zeck pudiera sentarse.

Los otros niños de la mesa se prepararon para levantarse si Zeck se sentaba allí.

—No, no tengo hambre —dijo Zeck.

¿Había estado llorando? No. ¿Y qué llevaba en la mano? Tenía el puño cerrado, pero Dink podía ver que se la había lastimado. Que había habido sangre.

—Sólo quería darte algo —dijo Zeck.

Colocó un calcetín en la mesa junto a la bandeja de Wiggin.

—Lamento que esté mojado —dijo Zeck—. Tuve que lavarlo.

—Bestial —respondió Wiggin—. Ahora siéntate y come.

Casi obligó a Zeck a sentarse.

Fue el calcetín el que lo hizo. Wiggin le había hecho a Zeck un regalo (un regalo de Santa Claus, nada menos) y Zeck lo había aceptado. Ahora Wiggin estaba de pie con las manos sobre los hombros de Zeck, mirando a los otros soldados de la Escuadra Rata, como si los retara a levantarse y marcharse.

Dink sabía que si se levantaba, los otros también lo harían. Pero no se levantó, y los otros se quedaron.

—Pues tengo un poema —dijo Dink—. Es malísimo, pero a veces hay que decir las cosas para sacarlas de dentro.

—Acabemos de comer, Dink —dijo Flip—. ¿No puedes esperar a que hagamos la digestión?

—No, esto será bueno para vosotros —dijo Dink—. Ahora mismo vuestra comida se está convirtiendo en mierda, y esto os ayudará.

La frase provocó la risa de los comensales, lo cual le dio tiempo suficiente como para terminar la rima que necesitaba.

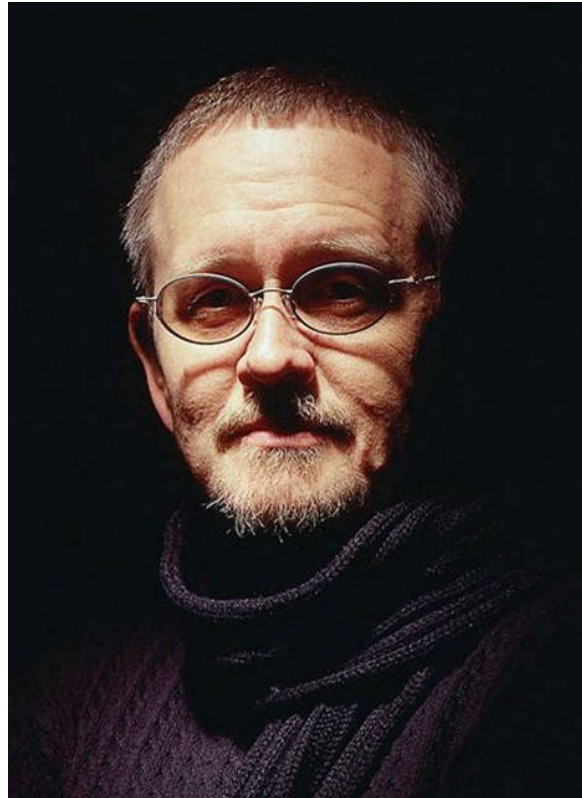
*¿Y con Zeck, qué quieres hacer?
Quieres romperle la nuez.
Pero mejor no intentarlo, cuidado,
porque para morir Zeck es demasiado obstinado.*

No era un gran poema, pero sí un símbolo de la decisión que había tomado Dick: dar otra oportunidad a Zeck. Entre el calcetín de Wiggin y el poemita de Dink, Zeck había regresado a su anterior estatus.

Dink miró a Wiggin, que todavía estaba de pie detrás de Zeck, quien ahora parecía estar comiendo con cierto apetito.

—Feliz Navidad —susurró Dink.

Y Wiggin sonrió.



ORSON SCOTT CARD (24 de agosto de 1951) es un escritor estadounidense de ciencia ficción y otros géneros literarios. Su obra más conocida es *El juego de Ender*.

Nacido en Richland, Washington, Card creció en California, Arizona y Utah. Vivió en Brasil dos años como misionero para La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días (Iglesia mormona). Es licenciado por la Brigham Young University en 1975 y la Universidad de Utah en 1981. Actualmente vive en Greensboro, Carolina del Norte. Él y su mujer, Kristine, son padres de cinco niños: Geoffrey, Emily, Charles, Zina Margaret y Erin Louisa, llamados así por Chaucer, Brontë y Dickinson, Dickens, Mitchell, y Alcott, respectivamente.

Escritor prolífico, Orson Scott Card, es autor de numerosas novelas individuales (*Niños perdidos*, *El cofre del tesoro*) y diversas sagas como *La Saga del Retorno* o las historias de *Alvin el Hacedor*. Ha ganado numerosos premios Hugo y Nebula, como el Nebula de 1985 y el Hugo de 1986 a la mejor novela por *El juego de Ender* y el Nebula de 1986 y Hugo de 1987 por *La voz de los muertos*.

Además, y como curiosidad Orson Scott Card es el autor de las frases de la famosa batalla de insultos de *El secreto de Monkey Island*.

Así mismo, Orson Scott Card se ha adentrado en el mundo del cómic, escribiendo el guion entre el 2005 y el 2006 de la miniserie *Ultimate Iron Man*.